

Fernando Martínez Heredia
Cuba



medios, cultura y resistencia

Quiero dedicar mi comentario sobre medios, cultura y conocimiento a algunos problemas de las relaciones entre estos y la dominación sobre las personas y los países, como ella es ejercida en la actualidad. Ese es solo un aspecto de la cuestión, pero considero que tiene una influencia decisiva sobre el conjunto.

Desde hace varias décadas se rompieron las fronteras que impedían a sectores muy amplios el consumo de la llamada alta cultura y de variados campos de conocimientos. Los medios masivos de comunicación pasaron a desempeñar papeles decisivos en la divulgación de informaciones, temas, conocimientos e ideas. Ese fue un paso de avance importante, en cuanto formó parte de una democratización del consumo de la cultura humana

implicada o al menos la tornó conocida. Esa democratización ha brindado a muchos millones de personas la capacidad suficiente para conocer mejor, desear y reclamar el acceso a la dignidad humana, la consecución de sus derechos a la vida, la salud, el trabajo, la educación, la igualdad de derechos y oportunidades, y a un bienestar

la organización social y de las ciencias y las técnicas, y volvió obsoletas las formas de dominación elaboradas hasta entonces por el capitalismo.

Siempre supimos que a una gran parte de las personas y los pueblos se les seguían negando los adelantos referidos, y que las represiones internas y las agresiones imperialistas consiguieron detenciones y retrocesos respecto a aquella tendencia. Pero las reformas y nuevas relaciones, maneras de vivir, ideas e instituciones configuraban realidades o eran proyectos y metas creíbles, y

basado en la satisfacción de necesidades crecientes, de los derechos a la convivencia democrática y las libertades personales, la autodeterminación de la nación en que viven y un trato justo en sus relaciones internacionales.

Aquello no fue un regalo o una donación. Fue consecuencia de las iniciativas, los esfuerzos, sacrificios y luchas de muchos millones de personas de varias generaciones. Durante la mayor parte del siglo XX ellos lograron la liberación nacional de sus países o la descolonización, cambiando la situación y el mapa del mundo, derrotaron al fascismo en Europa, deslegitimaron a los racimos y les hicieron retroceder, impusieron o negociaron redistribuciones de las riquezas y democratizaciones por todas partes, exigieron la socialización de la libertad y de la justicia e incluso pusieron en marcha proyectos de cambios profundos de las sociedades y las vidas de la gente, a partir de grandes revoluciones contra el colonialismo imperialista y el capitalismo. Sucedió un cambio cultural prodigioso, que en términos históricos asomó a la Humanidad a la posibilidad de usar y disfrutar los logros de

constituían temas de lucha, movilización y conciencia. Por otra parte, largos procesos de deterioro acabaron finalmente con los regímenes de Europa oriental, hechos que liquidaron la época de la bipolaridad y sumieron al socialismo en un fuerte desprestigio. Quedó claro a todos que ningún orden social está garantizado para siempre, a la vez que el capitalismo se encontró en una situación general mucho más favorable.

continúa en la página 10

PÁGINA

11

Entrevista con
Reynaldo González
**Soy un escritor,
SIMPLEMENTE**

PÁGINA

12

Jon Hillson
mi socio de la
YUMA

PÁGINA

03

**El discurso
de la integración**
Antón Arrufat

PÁGINA

14

**MARX en su
(Tercer) Mundo**
Néstor Kohan

POESÍA

con **REVOLUCIÓN**

LUCCIÓN

María Matienzo
Cuba

Entrevista
con el poeta venezolano
Tarek William Saab

Tarek William Saab acababa de defender su poesía, a viva voz, en la ya acostumbrada cita de la Tribu y fueron muchos los lazos que se ataron entre el público y la cadencia entrecortada del poeta, la letra comprometida y la universalidad de algunas de sus imágenes. Yo que ya andaba con el encargo encima, en cuanto terminó lo asedié. Más de tres veces oprimí el récord de la grabadora para comenzar la entrevista y más de tres veces fuimos interrumpidos por amigos que se acercaban a saludarle. Aun así, traje para La Jiribilla, en exclusiva, algunas reflexiones del poeta venezolano en torno a la vida.

Sobre la humanidad

Es intrínseco e incluyente en la condición de poeta la defensa de los valores principales de la humanidad, por ejemplo la vida, la dignidad, la justicia de libertad, la igualdad, la defensa de los hechos del alma, del espíritu. Uno escribe poesía a partir del amor, de la rebelión, de la esperanza.

Sobre la muerte

Soy un poeta que recurrentemente reflexiona desde adentro y desde afuera en torno a la muerte. Eso se ve en algunos de mis títulos. Tengo un libro que se llama *Príncipe de lluvia y duelo*; también *Cielo a media asta*, que por el título resulta sugestivo porque un cielo a media asta puede ser la caída de la

Sobre las revoluciones

En el año 99 en un discurso que hizo el comandante Chávez, presidente de la República Bolivariana de Venezuela para presentar a sus candidatos, me presentó a mí como el poeta de la Revolución. Desde allí se han derivado muchas cosas de afecto y de amor de nuestro pueblo por un lado. Más que un título lo veo como una cuestión afectiva, sentimental, pero también motivo de mucha lapidación, ofensa y burla por parte de factores que luego han derivado en golpistas y antibolivarianos.

Mi visión de la revolución está allí, en la creación, en la resistencia, en la producción, en ir a lo inédito. Una revolución debe ir a lo inédito y alcanzar lo imposible en cosas que

Entonces creo que hay mucha épica, mucha epopeya a la manera de los antiguos en Venezuela, a la manera de los ejércitos de independencia de las guerras de los federales; e incluso, tiene algo de romántico a la manera de Espartaco que fue invencible por un momento ante el imperio romano liderando un ejército de esclavos y luego de pronto desapareció...

Creo que hay una deuda de los poetas, de la poesía de nuestro país con la épica de la revolución.

¿Cómo te sientes por ser también protagonista dentro de la Feria del Libro aquí en La Habana?

Para mí es un honor, primero que la editorial Arte y Literatura me haya editado un libro, que en mi criterio es la reunión de mis textos más importantes: *Cielo a media asta*, con una presentación muy linda del poeta Edel Morales. Este libro contó con el apoyo de todo el Instituto Cubano del Libro y del Ministerio de Cultura. En segundo lugar, estar aquí compartiendo mi poesía en este patio tan hermoso, lleno de árboles.

Tercero: la presentación del libro, el domingo 8 de febrero, me hace sentir más comprometido con la poesía.

Entonces tendré la oportunidad de que un lector no venezolano, al igual que una hoja volante, atrape un poema mío. Lo atrape y lo guarde. ■

http://www.lajiribilla.cu/2004/n143_02/144_36.html

«Mi visión de la revolución está en la creación, en la resistencia, en la producción, en ir a lo inédito. Una revolución debe ir a lo inédito y alcanzar lo imposible en cosas que pueden ser increíbles, pero para que una revolución sea verdadera tiene que estar acompañada de pueblo, de poetas, de canciones, pero sobre todo de pueblo».

tarde o la superación de la noche al empezar el amanecer. Por lo tanto, yo diría que mi posición ante la muerte es desacralizadora para retarla, enamorarla y salir de ella vivo.

Sobre la poesía

La poesía es como un elixir, como un licor, como algo que cuando te toca no te puedes desprender de ella. Para mí ha sido un hecho irresistible, es decir, lees poesía, conoces la poesía, haces la poesía hablada o escrita y no puedes, desde ese instante, desprenderte nunca más de ella.

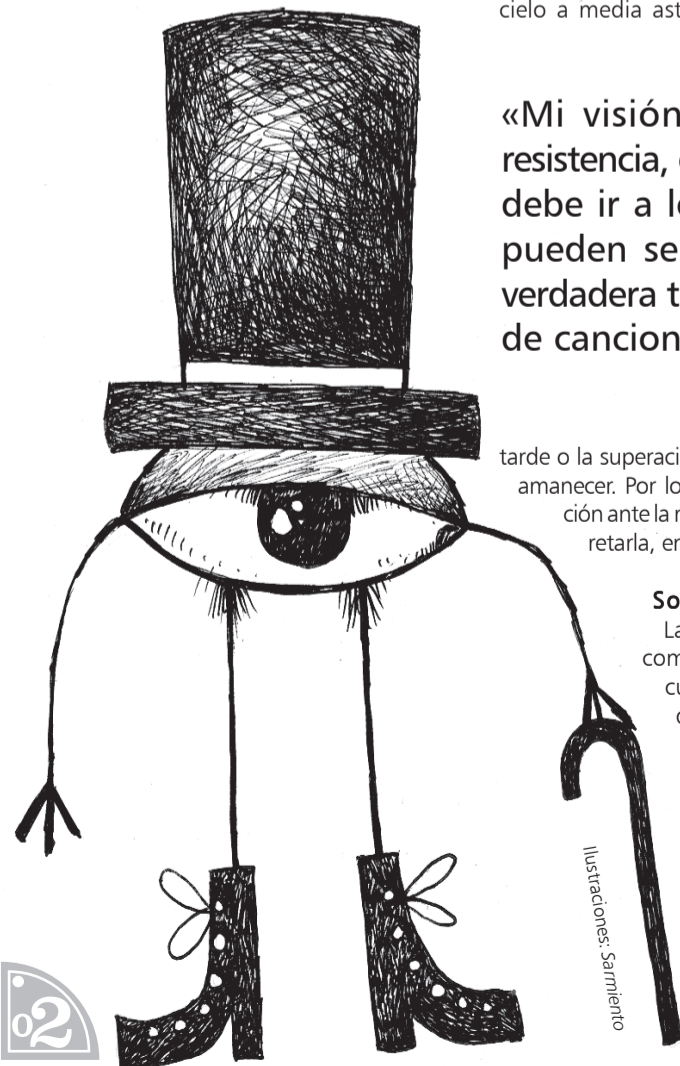
Fíjate, yo llevo años tratando la poesía y sé que nunca voy a dejar de pensar desde adentro de la poesía.

pueden ser increíbles, pero siempre para que una revolución sea verdadera tiene que estar acompañada de pueblo, de poetas, de canciones, pero sobre todo de pueblo.

Creo que una revolución como la bolivariana —por su contenido sin igual para mí— está haciendo historia para los pueblos.

La épica de la revolución

Sí y no, porque la épica de la revolución todavía no tiene sus canciones definitivas, tal vez son canciones inconclusas. Mas creo que es importante ver a la revolución bolivariana como la ven los campesinos que ahora tienen el derecho de tener la tierra y de trabajarla; desde la épica de las amas de casa que no tenían cómo llevar sus niños a la escuela porque les cobraban: ahora hay más de un millón de niños que pueden ir a la escuela; hay que ver la épica de la construcción de una sociedad como la nuestra asediada por el imperio.



Lugares comunes porque se han dicho y escrito múltiples veces y seguirán a lo largo del tiempo, topos y arquetipos del discurso latinoamericano, es decir, de uso común y comunes a todos en nuestra realidad y en nuestros sueños. Lugares que integran parte de la comunidad, y en la que todos, o la mayoría, coincidimos.

Sin duda, cualquier integración implica el reconocimiento previo de una identidad. A las naciones y al individuo es el Otro o lo Otro el que otorga tal reconocimiento. José Martí percibió este problema cuando en su discurso *Nuestra América* se refirió a que la cultura ajena, en su tiempo la cultura europea, preponderante influencia en la cultura latinoamericana, debía injertarse en el tronco de nuestras repúblicas. Quería decir que, tras el injerto, como esas plantas que crecen en los troncos de otras plantas, renacería lo injertado en nuestra identidad cultural, ya convertido en algo propio.

Vayamos ahora a nuestros lugares comunes.

La mayoría de nosotros habla en español, idioma al que prefiero con su antiguo nombre de castellano, pero hemos realizado singulares transformaciones en este idioma. Hablamos un castellano modificado, sin la entonación peninsular prevaleciente —andaluces y canarios lo hablan también con entonación diversa. Hemos inventado nuevos términos con los que nombrar nuestra vida y paisaje, diferentes a los que nombraron los antiguos castellanos. Hemos acogido palabras que nos vienen de los idiomas de indios y negros africanos. Este proceso de transculturación es común a toda América Latina. Y, sin embargo, nos entendemos casi de inmediato, con pequeñas rectificaciones mentales o rápidas aclaraciones.

durante un tiempo la «alta cultura», poetas y escritores de mi país, por ejemplo, junto y con frecuencia en contra de su creación artística, diré pura, si tal cosa existe, asumieron funciones políticas y sociales. Fueron ideólogos, murieron en el destierro o escaparon a las persecuciones policiales o sucumbieron ante el muro de fusilamiento. Se hallan inexorablemente vinculados a la historia política de la nación. Incluso los modernistas, el caso más alto es el de José Martí, al igual que múltiples escritores modernistas latinoamericanos, padecieron angustias de carácter político.

Enumero ahora varios lugares comunes, en el sentido que di a la expresión, en los que ya no podré detenerme siquiera en rápidos apuntes, como hice antes. Algo que nos acerca, apenas nos vemos y conversamos, es el concepto del tiempo. O mejor: la sensación del paso del tiempo. Es cosa muy singular: en oposición al del norteamericano medio, lo vivimos y lo padecemos con cierta displicencia, sin urgencias claras, como un dejar pasar. En ese tiempo curioso habría que colocar el sentido de la fiesta y el ejercicio de la sexualidad. En un tiempo alargado, donde el espacio inmenso latinoamericano parece conjugarse con su transcurrir casi insensible, ocurre la fiesta, acompañada de la música, del golpe del tambor y el movimiento del baile, una sexualidad desbordante, inflexible, disfrute sensual y gustativo de la existencia del mundo: cuerpo, fruta, lecho, mirada...

Vuelvo, para terminar, al principio. Toda integración cultural, la única que por el momento nos es posible, es una conjunción de identidades diversas y hasta contradictorias. Pero toda diferencia se destaca, sin duda, de un fondo de similitudes. Una integración fraternal y sin férreas coyundas

Algunos lugares comunes de la integración latinoamericana

El cristianismo es común a casi todos nosotros, como continuidad en algunos o como ruptura en otros. Un cristianismo que puede ser católico o protestante, episcopal u ortodoxo. Sin embargo, a él se han mezclado, hemos mezclado, vestigios de religiones negras o indias, brujería y espiritismo.

Todos habitamos tierras que, como dijera Alfonso Reyes, hemos transformado en cultura: el hombre las ha escrito, las ha pintado o musicalizado. El Amazonas lo oímos en la música de Villalobos o vemos con nuestros ojos de lectores la llanura venezolana en *Doña Bárbara*. Nuestra geografía, inmensa y prodigiosa, si en realidad la experimentamos, lo hacemos superponiendo imágenes leídas o escuchadas. Integra ya, felizmente, el imaginario latinoamericano.

El pasado histórico, como fundación, nos pertenece y está en la memoria de todos. El siglo XIX fue el siglo de la independencia tanto política como cultural. En estos días se publicó en La Habana una biografía de José María Heredia, el primer poeta cubano importante y el primer romántico de nuestro continente. Cuando en 1822 apareció su libro de poemas, fue saludado por Andrés Bello como la primera manifestación poética de nuestra independencia literaria. Un venezolano eminente descubría en un lejano poeta cubano este primer ejemplo. Varios años después Heredia estuvo en Caracas, siendo un adolescente, y sufrió la experiencia de la revolución libertadora. Se hizo después republicano y constitucionalista. Volvió a Cuba, y expulsado por el gobierno colonial español acusado de conspirar en la loggia *Rayos y Soles de Bolívar*, se refugió en México y vivió sus cruentas luchas civiles. La independencia fue una negación del pasado o mejor, una violenta ruptura con el pasado español: dogmatismo católico y monarquía absoluta.

Nuestros siglos XIX y XX están recorridos por el tradicional dualismo de la cultura latinoamericana entre el escritor como artista y la acción política. Desde el inicio de lo que se llamó

económicas, sabrá buscarlas y propiciarlas. Recordemos el mito de Isis en busca sin descanso de su amante despedazado Osiris. Cada noche, de estrella a estrella, reunirá los fragmentos de su cuerpo. Que el sentido perdurable de ese mito nos guíe: reconstruyamos, por encima de las vicisitudes cotidianas, nuestra unidad necesaria: cada fragmento es una parte esencial de ese cuerpo. ▀

Palabras de Antón Arrufat, Premio Nacional de Literatura, en el Encuentro de Escritores Cuba-Venezuela.

http://www.lajiribilla.cu/2004/n144_02/144_27.html

En un tiempo alargado, donde el espacio inmenso latinoamericano parece conjugarse con su transcurrir casi insensible, ocurre la fiesta, acompañada de la música, del golpe del tambor y el movimiento del baile, una sexualidad desbordante, inflexible, disfrute sensual y gustativo de la existencia del mundo.

Antón Arrufat
Cuba

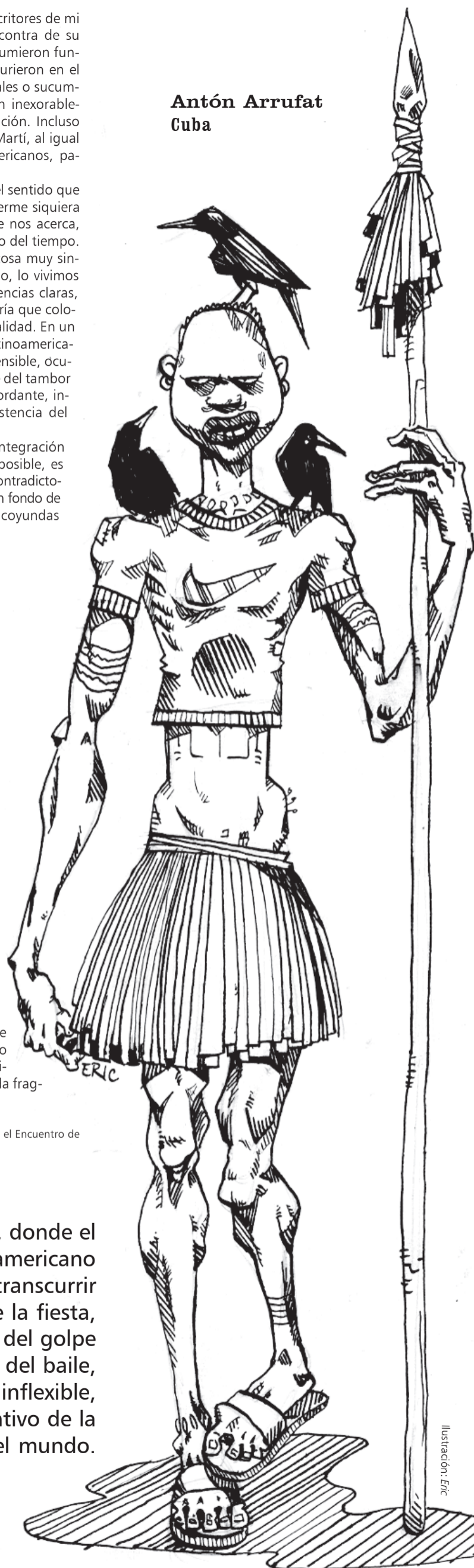


Ilustración: Eric

Tomás Santiesteban
Cuba

Florit, el nuestro

Una de las más trascendentes novedades editoriales cubanas que ha visto la luz en esta Feria del Libro es *Órbita de Eugenio Florit*, una antología del gran escritor cubano que fue presentada en la sala Lezama Lima por los escritores Jesús David Curbelo, Pablo Armando Fernández y César López.

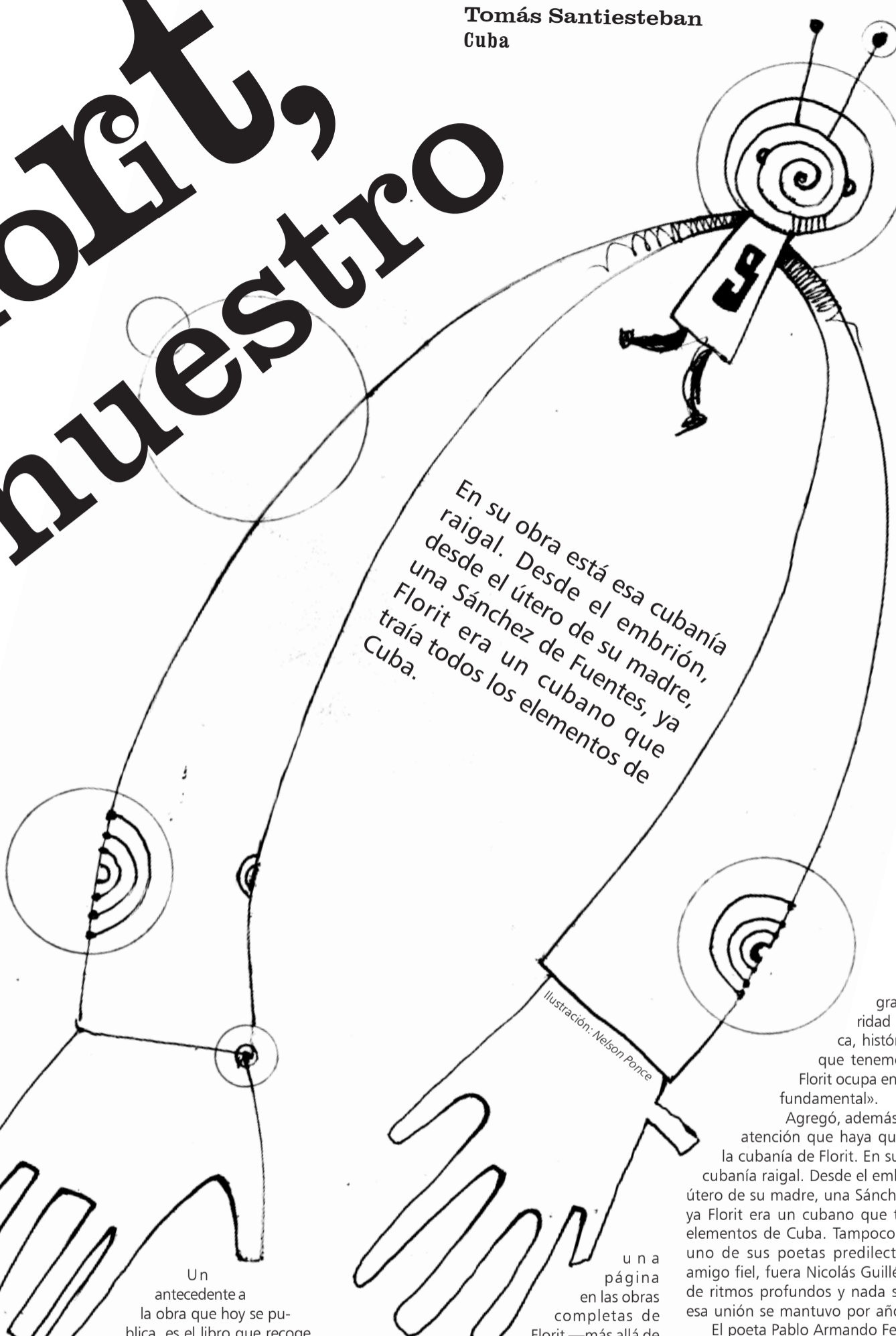
El compilador de la obra, Virgilio López Lemus, se refirió a la misma como «un momento trascendente. Florit es uno de los grandes de la poesía cubana y no pertenece a ninguna parte, pertenece a nuestra cultura, a la cultura de nuestra patria».

«Ya en el momento de su muerte, aclaró, comenzaron las especulaciones acerca de las tres patrias de Eugenio Florit, la patria de su nacimiento, España; la patria de su muerte, EE.UU.; y la patria de su elección, Cuba».

Al decir del estudioso, el importante poeta nunca dudó de cuál era su verdadera nacionalidad. Tanto este libro como sus obras completas son testimonio de que siempre se sintió un cubano. Su obra no pertenece a ninguna otra literatura. En tres momentos cimeros de la lírica nacional, aseguró, Florit fue protagonista, en *Trópico*, en 1930, cuando cristalizó en un tono más culto, más barroco, a la décima, o por esos mismos años, cuando fue el máximo representante de una manera de expresión del vanguardismo isleño que se conoce como poesía pura. En los 50 ocurrió un nuevo cambio en la lírica cubana con la poesía conversacional y ya, desde 1948, Florit era un destacado contribuyente de ese movimiento.

El recopilador de la obra del importante poeta cubano destacó, además, que siempre Florit apareció en las grandes antologías de la poesía cubana, incluso, hasta en las publicadas en los años 60.

«Florit no era para nada un poeta totalmente olvidado por nuestra cultura interna. No creo tampoco que las nuevas generaciones lo ignoren por completo. Muchos jóvenes, sobre todo los interesados por la poesía, de una manera u otra, conocen su obra, solo que, en efecto, no ha habido una amplia difusión».



En su obra está esa cubanía raigal. Desde el embrión, desde el útero de su madre, una Sánchez de Fuentes, ya Florit era un cubano que traía todos los elementos de Cuba.

Ilustración: Nelson Porco

Un antecedente a la obra que hoy se publica, es el libro que recoge una selección de su poesía publicada recientemente en Holguín.

«En vida de él, recordó López Lemus, comenzamos a gestar, junto al poeta Alex Pausides, la *Órbita*... En ella, hacemos una contribución de peso a nuestra poesía con una revisión bastante completa de todos sus libros, así como de su ensayística, una obra que hasta ahora ha quedado un tanto relegada por la enorme importancia de su poética».

El libro recoge textos sobre Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado, sobre la poesía norteamericana, y poetas como Regino Pedroso y Nicolás Guillén, así como cuatro textos autobiográficos que dejan entrever la disposición de diálogo que siempre tuvo Florit.

«No fue un hombre que se comprometió con el sistema social cubano en el año 59, pero tampoco se descomprometió al lado de la disidencia moribunda puesto que no hay

una página en las obras completas de Florit —más allá de algún que otro comentario en cartas— que denigre el desarrollo social cubano de los últimos años. En cambio, sí hay un elogio constante de la obra de Nicolás Guillén, al cual Florit siempre reverenció».

Por último, Virgilio López Lemus agradeció la colaboración del hermano de Florit, Ricardo Florit, quien, además de facilitar su archivo fotográfico, dio el permiso para poder editar este libro en Cuba, así como la de la poetisa Juana Rosa Pita, quien apoyó de una manera entusiasta que se editara este valioso y voluminoso libro sobre la obra de Florit.

Por su parte, el Premio Nacional de Literatura César López apuntó: «Se cree que uno se erige en abogado de lo imposible y así parecía con Florit y otros poetas que no se nos alejaban, sino que manos torpes querían alejar, pero lo imposible se ha vuelto posible

gracias a la insularidad cultural, política, histórica y generosa que tenemos en Cuba. Y Florit ocupa en ella su espacio fundamental».

Agregó, además, que «llama la atención que haya quienes discutan la cubanía de Florit. En su obra está esa cubanía raigal. Desde el embrión, desde el útero de su madre, ya Florit era un cubano que traía todos los elementos de Cuba. Tampoco es casual que uno de sus poetas predilectos, aparte de amigo fiel, fuera Nicolás Guillén, un hombre de ritmos profundos y nada superficiales. Y esa unión se mantuvo por años».

El poeta Pablo Armando Fernández evocó su vieja relación con Eugenio Florit: «Después que yo publiqué uno de mis primeros libros en Cuba, él fue el único que escribió sobre mí en la Universidad de Columbia. Era la persona que yo más veía en Nueva York y a veces Heberto Padilla me acompañaba a verlo. Tenía un apartamento muy bueno en el número 7 de Park Avenue. Un día le llevé unos poemas nuevos que tenía. Esos poemas se perdieron en su mesa de trabajo. Nunca los encontramos. Eso hizo que Gaetano Masa publicara ese librito que me mandó para Cuba, yo lo metí en una esquina y ahí ha estado, hasta ahora, en una esquinita. Florit fue para mí una persona íntimamente ligada a mi espíritu, a mi ser».

Omar Valiño
Cuba

PÓR ti co



Ilustración: David

Entraba la primavera en La Habana de algunos años atrás. Llovía en la ciudad después de un seco y caluroso invierno. Creadores de las artes escénicas de diferentes generaciones, distintos oficios y disímiles credos estéticos aplaudían sin fisuras al dramaturgo, al director y al ser humano Abelardo Estorino.

Como su Esteban de *La casa vieja*, Estorino huye de la solemnidad y el empaque, pero aquella vez el homenaje se consumaba. En los elogios de entonces, Reinaldo Montero (que, como se verá en el prólogo, lo conoce muy bien), situó las claves de la trascendencia de su dramaturgia en hablar siempre de lo conocido cubano y hacerlo de la misma manera: alejándose tanto del teatro periódico como del guiñol metafísico, reafirmando así un canon que parece ser en el teatro una ley para alcanzar la eternidad. Por su parte, Graziella Pogolotti jugó con algunos de los títulos de sus piezas, rearmando desde la médula el sentido de su pertinaz indagación de lo cubano y confesó que, al mismo tiempo, esa identidad nuestra porta ya un trazo de la obra toda de Estorino. Es decir, que sin la existencia de ella no seríamos los mismos.

Él respondió: «Indudablemente, me voy a morir», confirmando la sospecha de la superstición que nublaría su mente en esos instantes. Pero también dijo, despejando cualquier *vedettismo* intelectual, algo de una sencillez, honestidad y consecuencia aplastantes, que «solo había querido en su vida hacer teatro, nada más».

En modo alguno fue una despedida. Como señaló Reinaldo allí, Estorino conserva aún el frescor de los recién graduados. Eso es verdad también hoy. Ha seguido lloviendo y continuamos juntando el sonido de los aplausos para un teatro en el cual nos reconocemos. Por asirme solo a dos hechos ocurridos desde aquel homenaje: junto a él hemos estado en el estreno de *El baile*, su más reciente pieza, y en la entrega del Premio Nacional de Teatro 2002, diez años después de que recibiera el Nacional de Literatura; raro privilegio que ostenta y merece.

El peso de tales recuerdos y hechos, de habituales conversaciones con él, del conocimiento de numerosos estudios sobre su obra; la participación en procesos sobre textos suyos, las visiones como espectador de sus espectáculos, las frecuentes lecturas de su teatro, es en verdad insoportable. Tal vez por eso esta selección sea una primera acción para aligerar ese bienhechor fardo.

Pero si por definición es difícil escoger, hay obras ante las cuales la tarea de elegir es realmente tremenda. Además de las normales restricciones de cualquier aventura editorial. Guíe mi selección por dos criterios fundamentales, descontando la alta calidad de cualesquiera de estos textos y de otros: la marcada relación en ellos entre historia y ficción y la influencia que han ejercido en el decurso de la dramaturgia insular.

Estorino ha cifrado una memoria de la nación en el teatro. Los dos siglos en los cuales nos hemos llamado cubanos pueden reconstruirse en su obra, si bien por supuesto a través de la refracción lograda en sus ficciones. Aquí está la Colonia en sus amargos conflictos con *Parece blanca* y *Vagos rumores*; los silencios de la República en *Morir del cuento*; las contradicciones iniciales de la Revolución en *La casa vieja* y las eternas de ella, y del Hombre, en *Los mangos de Caín*, así como las más recientes de nuestro proceso social, humorísticas en *Ni un sí, ni un no*, trágicas en *El baile*.

Mas, como autor, Abelardo Estorino no quiere hacer historia. Con fina sensibilidad registra los contextos, pero sus entramados no se agotan en ellos. Sobre tales coordenadas levanta siempre la voz humana, plena y desgarrada a un mismo tiempo.

Siendo fiel a sí mismo, su dramaturgia cala hondo en el devenir del teatro nacional. *La casa vieja* modela, a principios de los 60, el conflicto entre pasado y presente, casi en el mismo instante que con *Los mangos de Caín*, si bien a través de una metáfora, borra ese conflicto otorgándole una condición de revolucionaria actualidad. En los 70 escribe *La dolorosa historia del amor secreto de Don José Jacinto Milanés*, que aquí aparece de algún modo gracias a su reescritura posterior en *Vagos rumores*, donde introduce una perspectiva individual en la concepción del personaje inédita para su momento. Con *Morir del cuento* anuncia en los 80 toda una renovación de recursos para observar la «historia» y en los 90 se lanza contra las convenciones mismas de la escritura teatral en *Vagos rumores*, *Parece blanca* y *El baile*.

Por todas estas razones están aquí estas obras de Estorino o tal vez, de manera menos racional, porque, sencillamente, las prefiero. Aun así las veo *construir*, nunca *acabar*, la nación y su gente, buscando siempre nuevos modos y maneras para entenderlas y expresarlas. Su teatro es por ello memoria, presente y porvenir. ▀

Amigos:

Les pido que me perdonen por referirme a George W. Bush como 'desertor'. Lo que quería decir es que George W. Bush es un desertor, un ladrón de elecciones, un conductor borracho, un mentiroso sobre las armas de destrucción masiva y un analfabeto funcional. Y se caga en sus pantalones. De verdad, mató a un hombre en Tucson «solo por verlo morir».

En realidad, lo que quise decir en New Hampshire la semana pasada fue que «inos vamos a comer a Bush de postre cuando venga noviembre!» Siempre confundo *dessert* (postre en inglés, N.d.T.) con «desertor» —estoy seguro que muchos de ustedes tienen el mismo problema.

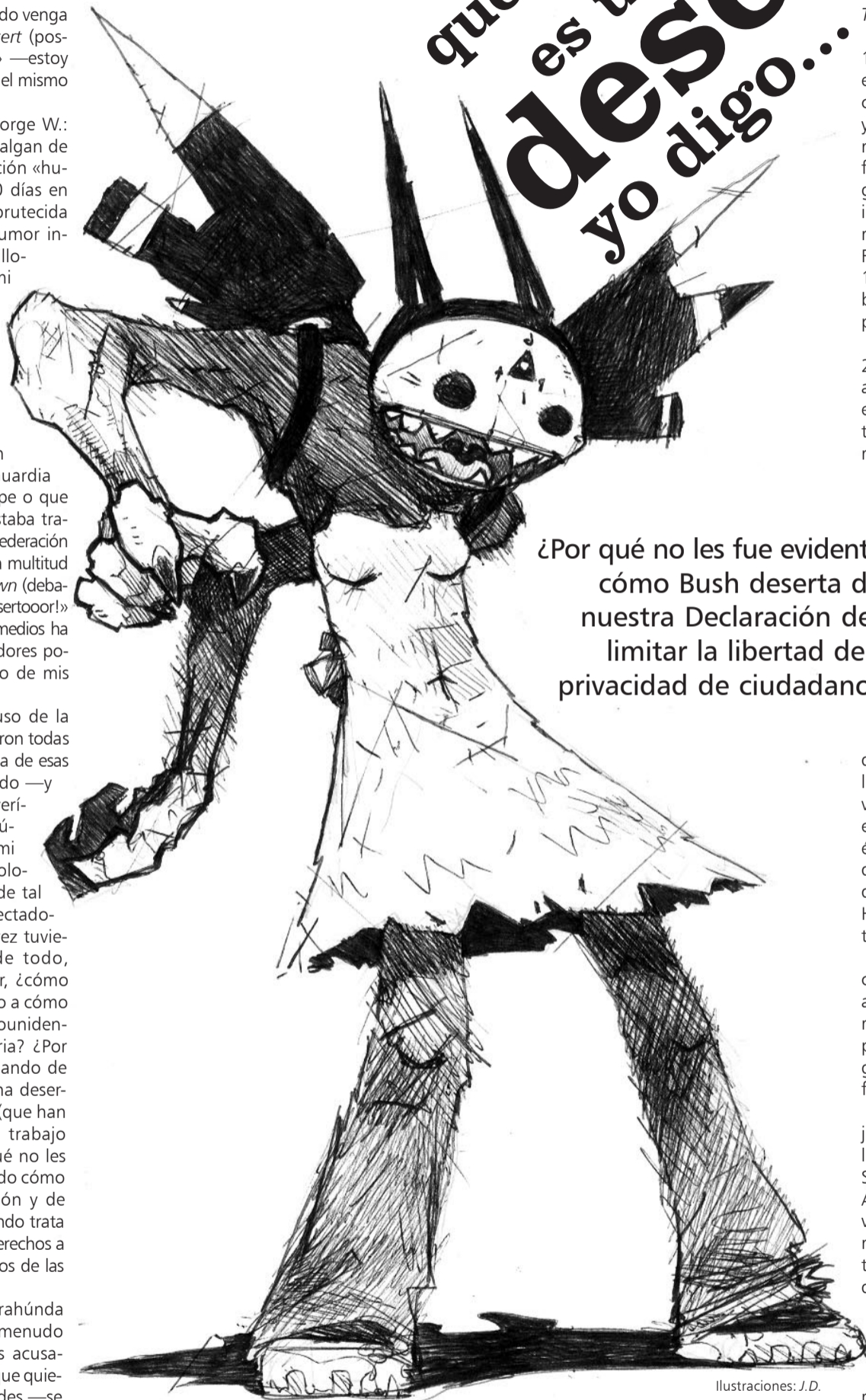
Bien, bien, bien. Como diría George W.: «es hora de «¡ahumarlos para que salgan de su guarida!». Gracias a mi introducción «humorística» de Wesley Clark hace 10 días en New Hampshire —y la manera embrutecida como los medios sin sentido del humor informaron sobre ella —hubo 15 millones de *hits* este fin de semana en mi sitio en la red. Todo el que visitó el sitio pudo leer la verdad sobre el hecho de que Bush no se presentó para cumplir con su deber en la Guardia Nacional.

Lo extraño de todo esto es que durante mi número nunca entré en algún detalle sobre cuando Bush desapareció mientras estaba en la Guardia (ino es el tema que más me preocupe o que EE.UU. confronte estos días!) solo estaba tratando de remedar al anunciador de la Federación Mundial de Lucha, cuando le pedía a la multitud vitoreante si le gustaría ver un *smackdown* (debate) que llamé «¡El generaaaal contra el desertoor!» (Pueden verlo aquí —casi nadie en los medios ha mostrado este clip porque los espectadores podrían ver repentinamente el contexto de mis comentarios.)

Cuando la prensa escuchó mi uso de la palabra «desertor», sin embargo, sonaron todas las campanas y sirenas, porque era una de esas historias que sabía que había ignorado —y que ahora estaba sacando su fea, verídica cabeza en un escenario muy público. Sin una sola palabra más de mi parte fuera de la palabra d....., se colocaron de inmediato a la defensiva de tal manera que pareció a muchos espectadores como si ellos —la prensa— tal vez tuvieran algo que ocultar. Después de todo, cuando calificué a Bush de desertor, ¿cómo supieron que no me estaba refiriendo a cómo desertó a los 43 millones de estadounidenses que no tienen cobertura sanitaria? ¿Por qué no supusieron que estaba hablando de cómo Bush es un desertor porque ha desertado a los que trabajan en este país (que han perdido 3 millones de puestos de trabajo desde que subió al poder)? ¿Por qué no les fue evidente que yo estaba subrayando cómo Bush deserta de nuestra constitución y de nuestra Declaración de Derechos cuando trata de limitar la libertad de palabra y los derechos a la privacidad de ciudadanos respetuosos de las leyes?

En su lugar, han creado una barahúnda por el historial militar de Bush, a menudo sin decirle al público cuáles son las acusaciones exactas. Parecería que todo lo que quieren es hacer que Clark o yo —o ustedes— se callen. «¡Nunca hemos investigado el tema y por lo tanto queremos que usted pida excusas por mencionarlo!». Jaja Jaja Ja- jaja!

Bueno, me alegro de que se hayan vuelto locos con el asunto. Porque aquí tenemos a un Comandante en Jefe —que simplemente se ausentó cuando andaba de uniforme para ir a trabajar para un amigo republicano de su papacito— que ahora envía a nuestros muchachos a Iraq a morir mientras se prometen millones a Halliburton y a las compañías petroleras. Un 20% de ellos es de la Guardia Nacional y



Michael Moore
EE.UU.

Usted dice
que Bush
es un
desertor,
yo digo...

sobre cuando se fue por muchos, muchos meses.

Los siguientes son los hechos que parecen ser conocidos, presentados recientemente en considerable detalle y documentación por el piloto y teniente primero de la Guardia Nacional Aérea, Robert A. Rogers, y en un libro de 2003, *The Lies of George W. Bush*, de David Corn.

1. George W. Bush se graduó en Yale en 1968 cuando la guerra en Viet Nam estaba en su punto más mortífero y había conscripción militar. Como muchos de su clase social y edad, trató de ingresar a la Guardia Nacional, lo que hacía que el servicio en Viet Nam fuera poco probable, y cumplir así con su obligación militar. La competencia por sitios fue intensa; había una prolongada lista de espera. Bush hizo las pruebas para oficial de la Fuerza Aérea y de calificación como piloto el 17 de enero de 1968, y obtuvo el grado más bajo de aprobación en la parte de aptitud para piloto.

2. A pesar de todo, prestó juramento el 27 de mayo de 1968, para un período de seis años. Después de unas pocas semanas de entrenamiento básico Bush fue nombrado teniente segundo —un rango normalmente reservado para los que completan cuatro años

¿Por qué no les fue evidente que yo estaba subrayando cómo Bush deserta de nuestra constitución y de nuestra Declaración de Derechos cuando trata de limitar la libertad de palabra y los derechos a la privacidad de ciudadanos respetuosos de las leyes?

de ROTC (Cuerpo de Capacitación de Oficiales de la Reserva) o 18 meses de servicio activo. Bush pasó luego a la escuela de vuelo y se entrenó en el caza interceptor F-102. En esa época los pilotos de caza eran muy necesitados en Viet Nam, pero Bush terminó sirviendo como «guerrero de fin de semana» en Houston, donde se centraba el distrito electoral de su padre.

Un artículo del *Houston Chronicle* publicado en 1994, citado en el libro de Corn, cita a Bush diciendo: «Yo no estaba dispuesto a romperme los tímpanos con una escopeta para conseguir una prórroga. Tampoco tenía ganas de irme a Canadá. Por eso preferí perfeccionarme aprendiendo a volar aviones».

3. Un poco después de mayo de 1971, el joven teniente Bush dejó de participar regularmente en las actividades de la Guardia. Según los archivos de la Guardia Nacional Aérea de Texas, tuvo menos que los días de vuelo requeridos y le faltaba el servicio mínimo exigido por la Guardia. Los archivos muestran que Bush nunca voló después de mayo de 1972, a pesar del costoso entrenamiento y a pesar de que seguía debiéndole a la Guardia Nacional dos años más.

4. El 24 de mayo de 1972, Bush solicitó que se le transfiriera a una unidad de reserva inactiva en Alabama, donde también podría trabajar en la campaña al Senado de un candidato republicano. Su solicitud fue denegada. Durante meses, aparentemente Bush no cumplió con un solo día al servicio de la Guardia. En agosto de 1972, Bush fue retirado del servicio —suspendido de sus deberes en el aire— por no someterse a un examen físico anual. (¿Por qué no quería presentarse a este examen ante un médico?)

5. Durante su campaña presidencial de 2000, el personal de Bush dijo que este se recordaba que había servido en Alabama y que después había vuelto a Houston para continuar

de la Reserva (y se espera que ese número se doblará durante este año.) Han debido permanecer en Iraq mucho más tiempo de lo prometido, y no han recibido protección adecuada. Son blancos seguros.

¿Y qué pasaría si algunos de ellos decidieran hacer lo que Bush hizo a principios de los años 70 —simplemente no presentarse? He visto a defensores republicanos de Bush que dijeron esta semana; «Sí, pero lo compensó más tarde». Así que, ¿pueden hacer lo

mismo los guardias nacionales de hoy —simplemente decir, cuando los llaman a servir en Iraq, «Mmm, ino voy a presentarme, lo compensaré más adelante!»? ¿Pueden imaginarse lo que ocurriría? Claro, que ninguno de ellos es hijo de congresista, como lo era el joven teniente Bush en 1972

Hoy, MoveOn.org ha preparado su respuesta a este asunto, y me encantaría reproducirla aquí. Presenta todos los hechos sobre Bush y las preguntas que siguen sin respuesta

su servicio. Pero el comandante de la unidad de Montgomery, AL, en la que Bush dijo que había servido declaró al *Boston Globe* que no se acordaba que Bush —el hijo de un congresista— siquiera se hubiera presentado, tampoco existen archivos, como debería haber, que sustenten la afirmación de Bush. Cuando se le preguntó en una conferencia de prensa en Alabama el 23 de junio de 2000, qué deberes había realizado como miembro de la Guardia en ese estado, Bush dijo que no se podía acordar, «pero estuve allí».

6. En mayo, junio y julio de 1973, Bush recomendó repentinamente a participar en actividades de la Guardia en Houston —y pudo afanar 36 días en la base aérea Ellington en ese breve período. El 1 de octubre de 1973, aparentemente fue dado de baja con honores por la Guardia Aérea Nacional de Texas (ocho meses antes de su período de seis años). Después fue a la Harvard Business School.

Documentos que confirman estos informes, publicados gracias a pedidos según la Ley de Libertad de la Información, aparecen en la red junto con el artículo de Rogers en: <http://democrats.com/display.cfm?id=154>.

A falta de una revelación íntegra del presidente o de sus partidarios, solo el presidente y tal vez algunos familiares u otros asociados cercanos conocen toda la verdad. Y no hablan.

Al parecer Bush estuvo ausente sin permiso oficial de su servicio militar asignado solo durante siete meses (*New York Times*) o hasta 17 meses (*Boston Globe*) en una época en la que 500 000 soldados estadounidenses combatían en la Guerra de Viet Nam. El Ejército define a un «desertor» —también conocido como un DFR, siglas en inglés de *dropped from rolls* (bajado de la lista)— como alguien que ha estado AWOL (ausente sin permiso —desertado) 31 días o más: www.ari.army.mil/pdf/s51.pdf.

Bueno, ahí lo tienen. Se diría que alguien recibió una especie de trato especial. Y ahora ese alguien tan especial cree que tiene derecho a dirigir una guerra —utilizando las vidas de otra gente no tan especial.

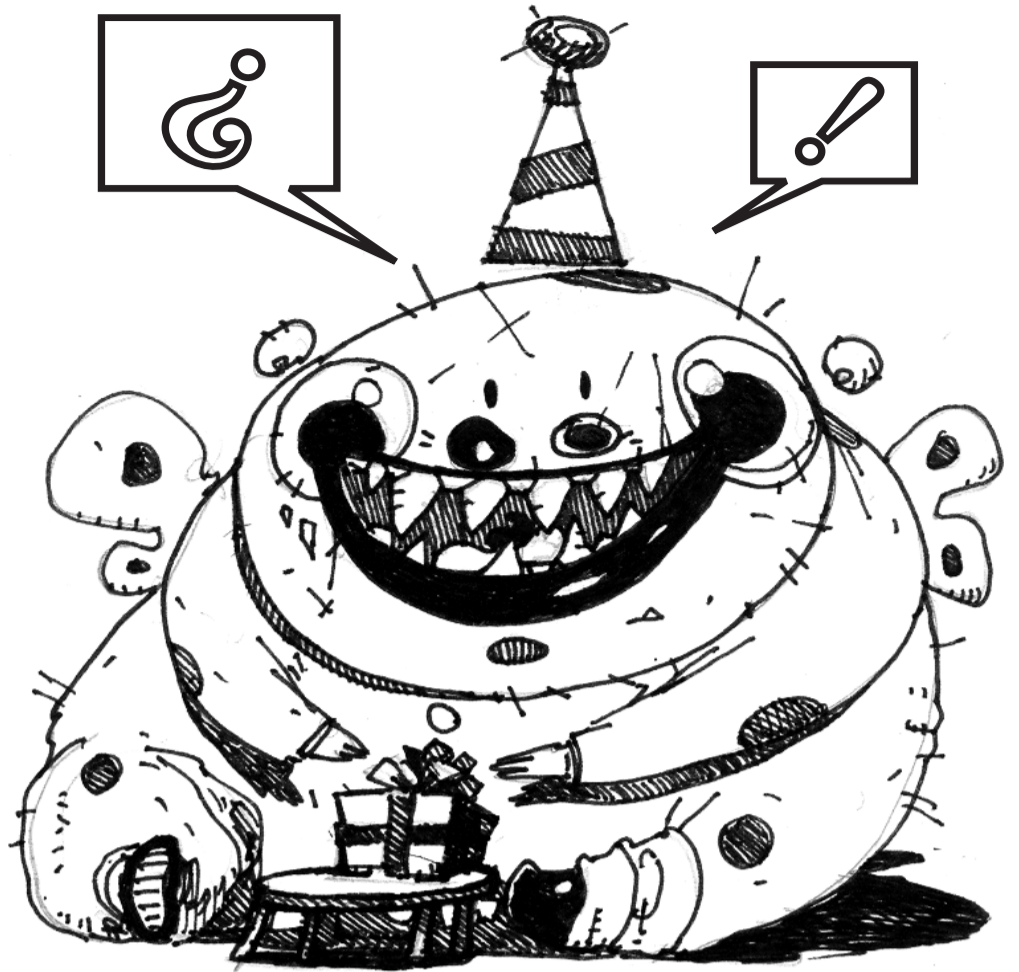
Mis amigos, yo siempre llamo las cosas tal como las veo. No me ando con rodeos. Algunas veces es difícil aceptar la verdad. Los conglomerados mediáticos tienen demasiado miedo para agarrar el tema. Lo comprendo. Pero yo no.. Es mi trabajo. Y continuaré haciéndolo.

Y cuando me equivoque, como cuando digo que Bush se caga en los pantalones, lo diré.

Atentamente,

Michael Moore ▀

<http://www.lajiribilla.cu/noticias/n0036.html>



Otras veces me he referido al dulce ruido del carro del ICAIC acercándose a la escuela rural. Por ahí anda un poema en que describo: «una sábana escapa de la cama/ ella es la más feliz habitante de casa/ por las noches se acuesta bajo el amor/ en las tardes baila con limpios pantalones/ Ahora se yergue y la luz la transita».

Si el cine me llegó sobre ruedas, en la secundaria otro motor rumoroso se encargaría de consolidar el hábito de lectura. Era también un camión humilde, pero que arrastraba toda una biblioteca con ficheros, estantes bien organizados y un hombre amable y riguroso a la vez. Salían de Morón y recorrían pueblos, bateyes y caseríos. En nuestro pequeño Tamarindo parqueaban entre la farmacia y la improvisada secundaria, fundada en el local de una antigua tienda de ropa. En ese espacio rodante encontré a Pérez Galdós, Víctor Hugo, Zola y muchos otros. Recuerdo que el «jefe de los libros» me permitía sacar cada quincena más títulos de los señalados. Por cierto, debía apurarme con la lectura, pues en casa no había luz

eléctrica y los más apasionados argumentos debían esperar hasta la mañana siguiente por el nuevo sol para continuar en el corazón de la trama o las delicias del lenguaje. Así me sucedió con *La gaviota*, de Chejov. Entre el segundo y el tercer actos atardeció. El farol de petróleo estaba roto y en el desvelo de esa noche, en la ansiedad por volver al palpitar de los oblicuos seres chejovianos, localizo uno de los primeros impulsos para dedicarme a construir personajes y jugar con la acción y el diálogo.

Para el hombre del campo la literatura conserva mucho de su primigenia vocación oral. Aunque mi padre siempre tuvo muchos libros, la historia de Camilo y Estrella, la novela en décimas de Chanito Isidró, se memorizaban y repetían. Fue mucho después que vi impresa aquella historia de amores montaraces, subtítulo de la obra de Chanito.

El gran tesoro de la cuentística popular, la tupida selva de los refranes y dicharachos viajaron también a viva voz.

Hace un año anduve por Morón de escritor invitado. Aun ante el peligro de parecer algo melodramático, les

recordé a los amables trabajadores de la Biblioteca Sergio Antuña la importancia del camión de los libros. Para ellos forma parte de la vida cotidiana de la institución y, aunque no recordaba el nombre y ahora también lo olvidé, averigüé si viviría aún aquel bibliotecario de manos generosas. Está vivo, se jubiló y le envié un ejemplar de mi obra teatral. Me quedé con las ganas de abrazarlo. Alguien me dijo que era un hombre muy tímido. No lo parecía entonces, dispuesto y eficaz. O quién sabe si no le resultaba atractivo venir al encuentro de un cuarentón que llega desde La Habana, con un tomito bajo el brazo. Puede que su sueño siga siendo volver al rústico transporte, a los caminos de tierra adentro en busca de otros adolescentes que necesiten estrenarse como lectores y seguir abriendo las puertas de la ensoñación y la quimera. ▀

http://www.lajiribilla.cu/2004/n144_02/lacronica.htm

Amado del Pino
Cuba

La guagua de los libros

Ilustración: David

IRAQ

elección en lugar de designación

Naomi Klein
Massiosare

afinadas. Los seguidores de Al-Sistani quieren que cada uno de los iraquíes tenga derecho al voto y que aquellos a quienes elijan sean los que escriban las leyes del país —o sea, una elemental democracia representativa imperfecta.

Bremer quiere que su Autoridad Provisional de la Coalición (APC) designe a los miembros de los 18 Comités de Organización regionales. Estos seleccionarán a los delegados para formar 18 Comités de Selección. Estos delegados seleccionados, a su vez, seleccionarán a los representantes de una Asamblea Nacional de Transición. La Asamblea seleccionará a un jefe del Ejecutivo y a los ministros que formarán el nuevo gobierno en Iraq. Esto, dijo Bush en su informe anual, constituye «una transición a una completa soberanía iraquí».

¿Entendido? La soberanía iraquí será establecida a través de designar a designados que designan a designados para seleccionar designados para seleccionar designados. Si a esto se suma el hecho de que Bremer fue designado para su puesto por el presidente Bush y que Bush fue designado al suyo por la Suprema Corte estadounidense, tenemos ante nosotros la gloriosa nueva tradición democrática de la Designocracia: el mandato de los seleccionados de los designados de los designados de los designados de los designados de los designados de los designados.

La Casa Blanca insiste en que su aversión a las elecciones es puramente práctica: simplemente no hay tiempo para realizarlas antes de la fecha límite del 30 de junio. Entonces, ¿para qué tener una fecha límite? La más recurrida explicación es que Bush necesita algo de qué jactarse en su campaña: cuando su rival demócrata mencione el espectro de Viet Nam, Bush responderá que la ocupación ya terminó, que vamos de salida.

Para Washington, la única manera de continuar con su plan económico es que la ocupación militar termine: solo un gobierno soberano iraquí, sin las ataduras de la legislación internacional, puede vender legalmente los bienes de Iraq.

Pero si se les diera a los iraquíes la posibilidad de votar mañana, podrían decidir expulsar a las tropas estadounidenses, revertir el proyecto de privatización del jefe de la ocupación, Paul Bremer, y proteger los empleos locales. Y esa perspectiva aterradora explica por qué la Casa Blanca pone tanto empeño en luchar por la designocracia.

«El pueblo de Iraq es libre», declaró el presidente estadounidense George W. Bush el pasado martes en su informe anual ante el Capitolio. El día anterior, 100 mil iraquíes optaron por disentir. Salieron a las calles al grito de: «Sí, sí a las elecciones. No, no a la selección».

Según el jefe de la ocupación en Iraq, Paul Bremer, en realidad no hay diferencia entre la versión de la libertad de la Casa Blanca y la que se demanda en las calles. Cuando se le preguntó si su plan de formar un gobierno iraquí a través de caucus designados iba a chocar con el llamado del ayatola Ali al-Sistani a elecciones directas, Bremer dijo que no tenía ningún «desacuerdo fundamental con él».

Fueron, dijo, solo sutilezas. «No quiero entrar en detalles técnicos de lo que haya que afinar... Hay —si hablas con los expertos en estos asuntos— todo tipo de maneras de organizar elecciones parciales y caucus. Y no soy un experto en elecciones, así que no quiero entrar en los detalles. Pero siempre hemos dicho que estamos dispuestos a tomar en consideración lo que haya que afinar».

Tampoco soy una experta en elecciones, pero estoy segura de que sí hay diferencias que no pueden ser

sin las ataduras de las Regulaciones de La Haya y de Ginebra, puede vender legalmente los bienes de Iraq.

Pero, ¿lo hará? A juzgar por la extendida percepción de que EE.UU. no planea reconstruir Iraq, sino saquearlo, si se les diera a los iraquíes la posibilidad de votar mañana, bien podrían decidir inmediatamente expulsar a las tropas estadounidenses y revertir el proyecto de privatización de Bremer, y, en su lugar, optar por proteger los empleos locales. Y esa perspectiva aterradora —mucho más que la ausencia de un censo— explica por qué la Casa Blanca pone tanto empeño en luchar por su designocracia.

Bajo el actual plan estadounidense para Iraq, la Asamblea Nacional de Transición permanecería en el poder del 30 de junio hasta que se lleven a cabo elecciones generales, «a más tardar» el 31 de diciembre de 2005. Eso da 17 relajados meses para que un gobierno no electo haga lo que la APC no pudo hacer legalmente por sí sola: invitar a las tropas estadounidenses a permanecer indefinidamente y convertir el sueño capitalista de Bremer en ley que debe ser cumplida. Solo después de que se hayan tomado estas importantes decisiones, los iraquíes serán invitados a participar. La Casa Blanca llama a esto «auto-gobierno». Es, en realidad, la definición perfecta de gobierno desde el exterior, ocupación a través de la subcontratación.

Eso significa que el mundo, de nuevo, tiene que tomar una decisión respecto a Iraq. ¿Nacerá muerta la democracia, con tropas extranjeras metidas en su territorio, multinacionales con contratos de varios años controlando recursos estratégicos, y un afianzado programa económico que ya dejó entre 60 y 70% de la población en el desempleo? ¿O nacerá la democracia con el corazón aún latiendo, capaz de construir el país que los iraquíes escojan?

De un lado están las fuerzas de ocupación. Del otro, los crecientes movimientos que demandan derechos económicos y el voto. Cada vez más, las fuerzas de ocupación responden a estas fuerzas con la fuerza bruta para romper las manifestaciones, como hicieron los soldados británicos en Amarah a principios de mes, matando a seis. Sí, hay fundamentalistas religiosos y leales a Saddam que capitalizan la furia, pero la sola existencia de estos movimientos pro-democracia ya es una especie de milagro: tras 30 años de dictadura, guerra, sanciones y ahora ocupación, definitivamente sería comprensible que los iraquíes enfrentaran más penurias con fatalismo y resignación. Por el contrario, la violencia de la terapia de shock de Bremer empujó a cientos de miles a la acción.

Esta valentía merece nuestro apoyo. La semana pasada, en el Foro Social Mundial en Mumbai, India, la escritora y activista Arundhati Roy, llamó a las fuerzas globales que se opusieron a la guerra en Iraq a «convertirse en la resistencia global a la ocupación». Sugirió escoger «dos de las principales empresas que están lucrando con la destrucción de Iraq» y hacerlas blanco de boicots y desobediencia civil.

En su informe anual, el presidente Bush dijo: «Creo que Dios ha plantado en cada uno de los corazones el deseo de vivir en libertad. Aun cuando ese deseo sea aplastado por la tiranía durante décadas, resurgirá». En Iraq, cada día que pasa, comprueban que tiene razón —y las voces que se alzan proclaman: «No, no EE.UU. Sí, sí elecciones». ▀

Traducción: Tania Molina Ramírez.

Naomi Klein es autora de *No Logo* y *Vallas y ventanas*.

<http://www.lajiribilla.cu/noticias/n0034.html>



Ilustraciones: Darien

En un artículo titulado «Los ojos del Duce» explicaba Umberto Eco que en nuestro tiempo «si una dictadura ha de haber, será una dictadura mediática y no política». A partir de esa premisa está la cuestión de los métodos: «Una televisión controlada por el poder no debe necesariamente censurar las noticias». Es posible establecer un *régimen mediático* sin necesidad de censuras, con la «apariencia de decirlo todo». Basta —afirma Eco— saber cómo decirlo.

El semiólogo italiano se refiere a la práctica televisiva de enunciar primero las objeciones de la oposición para objetarlas después. «El resultado persuasivo se da por descontado: tiene razón quién habla el último». «A un *régimen mediático* no le hace falta meter en la cárcel sus opositores. Los reduce al silencio, más que con la censura, dejando oír sus razones *en primer lugar*». El factor fundamental para el buen funcionamiento de un *régimen mediático* a diferencia de un régimen «al estilo fascista» es que «está extendido el convencimiento de que se acepta el disenso». Es decir, y en otras palabras, funciona la credibilidad de los medios.

Podría decirse, en relación con ese factor vital para el poder, que los medios de comunicación —Falsimedia*— dedican una parte de su esfuerzo a asegurarse esa credibilidad que les permite emplearse a fondo, es decir, mentir descaradamente, en los momentos en los que el sistema de poder se está jugando una batalla fundamental.

Una vez efectuada la invasión de Iraq, por ejemplo, algo que los medios considerarán siempre como irreversible —revertirlo sería aplicar el programa que ha promovido Sami Nair: los EE.UU. y sus aliados deben someterse a la legalidad internacional y retirarse inmediatamente de Iraq, deben aceptar el establecimiento de un gobierno provisional que represente a todas las sensibilidades iraquíes, incluidos los baazistas, y deben pagar económicamente la reconstrucción ya que ellos han invadido y destruido el país— los medios de comunicación se han esforzado por recuperar la credibilidad perdida. Para ello nos han informado cumplidamente de la demostrada inexistencia de las armas de destrucción masiva —eso sí, como algo que solo ha quedado claro ahora—, y de la manipulación de la verdad que ha realizado el gobierno Bush —ellos prefieren hablar de *exageraciones* en la percepción de amenazas. Además, los medios están favoreciendo la implicación de la ONU en la transición iraquí para la realización de una «transferencia de soberanía y una democratización creíble».

Volviendo a los métodos para aplicar un *régimen mediático* es evidente que las técnicas de manipulación van mucho más allá que la de establecer el sistema de prelación del que nos habla Umberto Eco.

Durante la preparación de la guerra contra Iraq uno de los métodos más eficaces fue el de la alteración de «la carga de la prueba», el cambio de lugar de la sospecha, la violación flagrante del principio de la presunción de la inocencia. Ante la pregunta: ¿En dónde o sobre quién recae la sospecha? Los medios respondieron unilateralmente —contra toda la lógica informativa, contra la evidencia de las informaciones— que

la dictadura mediática de **FALSI MEDIA** **CREDULIDADES**



Antonio Maira
España

sobre Iraq. Los EE.UU. construyeron una sospecha que fue admitida sin vacilaciones por los medios.

El análisis de un editorial de *El País*, «Mentiras para la guerra», del viernes 16 de enero de 2004 —un periódico que juega con la credibilidad de alguno de los sectores que se opusieron y manifestaron contra la guerra— es muy interesante para estudiar este continuo juego perverso, entre el sostenimiento de la mentira y la recuperación de la credibilidad de los medios de comunicación.

Habría que recordar primero que en un memorable editorial de fecha 6 de febrero de 2003, *El País* se decantaba absolutamente por dar la máxima credibilidad a las ridículas acusaciones de Powell ante el Consejo de Seguridad de la ONU.

«EE.UU. ha afianzado su caso contra Saddam Hussein tras la extensa intervención de su secretario de Estado, Colin Powell...»

«...retahíla de indicios que refuerzan la presunción de que el dictador iraquí ha violado la unánime resolución 1441 a través del ocultamiento de armas químicas y biológicas.»

«La exposición del jefe de la diplomacia estadounidense... ha venido a confirmar el diagnóstico de Hans Blix según el cual Bagdad nunca ha acabado de aceptar el desarme al que le conminó la ONU en noviembre, después de 12 años de incumplimiento.»

«De los documentos que Washington ha decidido finalmente compartir con la comunidad internacional se desprende

para un observador de buena fe que Bagdad se ha embarcado antes de la llegada de los inspectores en un plan de ocultamiento y traslado de agentes químicos y biológicos, que sigue fabricando en laboratorios móviles.»

Ahora, casi un año después, el editorial que nos sirve como referencia señala —sin duda para situarnos en un largo proceso de *clarificación objetiva* por la que tuvo que pasar el propio periódico— que «poco a poco, las sospechas de las mentiras sobre las que se montó esta guerra se van tornando en confirmaciones».

Poco a poco, las sospechas confirmadas ahora, que sin duda surgieron también *poco a poco*, llevan a *El País* a asegurar que «el engaño ha sido masivo».

De todas formas las raíces del engaño masivo, las causas reales de la guerra, no aparecen por ningún lado en el editorial de *El País* y tampoco, como veremos, las naturales consecuencias.

«Siete meses antes del 11-S Bush se propuso forzar un cambio de régimen» —nada pues sobre el petróleo ni sobre la ocupación militar y transnacional de Iraq—. La presentación del objetivo de los EE.UU. como un «cambio de régimen» tiene un sentido específico que queda muy claro cuando más adelante el mismo editorial habla del «abominable régimen desmantelado». Las mentiras de Bush quedan, al fin y al cabo, exculpadas y el expolio queda de nuevo encubierto.

Tampoco las conclusiones contra ese «engaño masivo» son excesivamente combativas. «Las mentiras de entonces pueden —obsérvese, solo pueden— minar la credibilidad de algunas afirmaciones actuales de la Administración sobre aspectos de la guerra contra el terrorismo global».

Bush —viene a decir *El País*— merece credibilidad al fin y al cabo. ▀

*Término creado por Antonio Maira para referirse al conjunto de los medios de comunicación. Sirve para indicar lo que a su juicio es la función social más importante que estos poseen: falsear la realidad.
Tomado de: *Rebelión*

<http://www.lajiribilla.cu/noticias/n0035.html>

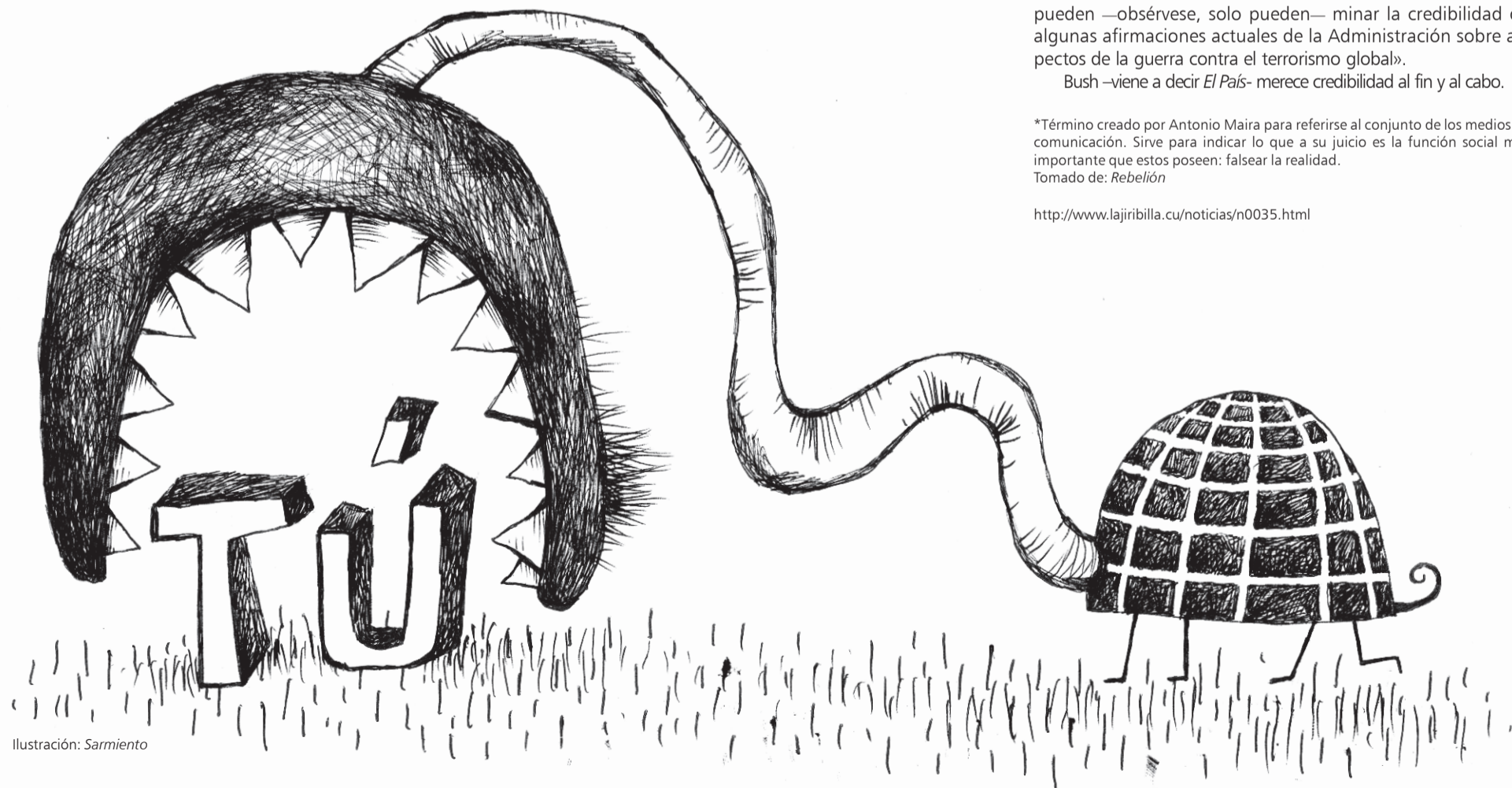


Ilustración: Sarmiento

medios, cultura y resistencia

Una cuestión central para el tema que discutimos hoy aquí es que la dominación capitalista se reorganizó, a partir de no desconocer sus reveses y la existencia de aquellas premisas de avance de la liberación humana, y buscó obtener nuevas formas de consenso de la mayoría de los dominados; al mismo tiempo, utilizaba todos los recursos de violencia, compulsiones y sobornos que estaban a su alcance, y sobre todo fortalecía el poder y la exclusividad de sus relaciones materiales. Es decir, sobrevino una nueva fase del sistema de dominación, en la cual una modernización neocolonial y democratizada viabilizó la reformulación del consenso de los oprimidos. Y en la etapa más reciente el imperialismo ha retomado la iniciativa histórica.

En ese último período, sin embargo, se ha apelado cada vez más a la conservatización prácticamente de todos los campos de la organización social. Eso sucede porque el capitalismo ha perdido sus banderas de progreso, desarrollo, libertad, democracia e igualdad de oportunidades. La promesa de la liberación socialista ha sufrido gravísimas derrotas, pero el capitalismo actual ya ni siquiera hace promesas. La nueva tendencia se debe a dos causas principales: por una parte, las experiencias prácticas, los sentimientos e ideas, la cultura adquirida por los dominados, forma un potencial subversivo muy peligroso, que puede llegar a identificar bien a ese sistema como el enemigo, denunciarlo y enfrentarlo eficazmente. Por otra parte, la propia naturaleza del desarrollo actual del sistema imperialista, basado en la transnacionalización y las finanzas parasitarias, lo ha hecho pasar de la competencia a la exclusión, ha convertido en sobrantes a una parte de los trabajadores y una gran parte de la población mundial, doblega y debilita a las economías independientes y los proyectos nacionales, le dicta al sistema el abandono de su ideal de progreso y convierte la aspiración errada de dominar la naturaleza en la realidad del riesgo de acabar con el medio en que vivimos. Están en marcha una nueva colonización del mundo y el abandono de la forma democrática de dominación, es decir, el fin de dos pilares principales del equilibrio y el consenso del capitalismo de la segunda mitad del siglo XX.

Por eso, se ha vuelto vital para el capitalismo la guerra cultural que está llevando a cabo a escala mundial. Esta es una gigantesca operación de prevención de las rebeldías, que a la vez trata de ocultar y suplir la incapacidad creciente del sistema para satisfacer las necesidades perentorias de miles de millones ni las aspiraciones de sectores modestos o medios ni para mantener libertades y prácticas democráticas, auspiciar las iniciativas económicas, reconocer a las naciones y tolerar sus espacios propios. Se utilizan los más poderosos instrumentos y colosales recursos para controlar de manera totalitaria y eficaz la información que es consumida, la formación de opinión pública, e incluso emociones, gustos y deseos. El objetivo es homogeneizar las ideas y los sentimientos de todos —de los incluidos de algún modo en el sistema, y de los excluidos también—, según patrones generales que garanticen su encuadramiento dentro de una cultura del miedo, la indiferencia, la fragmentación y la resignación. Se ejerce así una terrible y cotidiana violencia, aunque disimulada, contra los individuos, los diversos grupos y las naciones.

En todo el campo de la comunicación, la dominación se lanzó a concentrar en sus manos la propiedad, las redes, las normas legales, las acciones gubernativas y la formación e ideas del personal, dándole un golpe mortal a la competencia, y con la pretensión de lograr el fin del pluralismo de enfoques, informaciones e ideas, y la difusión de los productos alternativos u opuestos a su dominio. La televisión, el video, el cine, la edición de libros y revistas, y en gran medida la radio, están sometidos al más férreo dominio. El control y la intolerancia en este campo son unas de las muestras más visibles del franco retroceso de la democracia en el mundo.

Una nueva manera de ocultar consiste en mostrar masas de informaciones, en realidad seleccionadas, mediante instrumentos, temas, modos y agentes controlados. Se logra así trivializar los eventos que se presentan, aun los más horrorosos, y se intenta que la gente —ya reducida a público— no desee conocer o no sepa buscar lo que no se le informa. La democratización del conocimiento es mentirosa: igual que se multiplicó la matrícula de la enseñanza básica para terminar multiplicando el desempleo, ahora se les explica a los indigentes qué es el estrés o se brindan muchos datos sobre las incomprensibles bolsas de valores. Pero no se divulga el conocimiento del control monopólico establecido sobre las patentes de semillas, la proliferación de los transgénicos o la oposición de imperialistas a las medicinas genéricas. Hace quince días fue el bicentenario del triunfo de la Revolución de Haití, la primera victoria de los esclavos modernos, los primeros que vencieron al ejército de Napoleón: pero no debemos saberlo ni conmemorarlo. Ellos necesitan arrebatarlos los tiempos, quitarnos el pasado y el futuro.

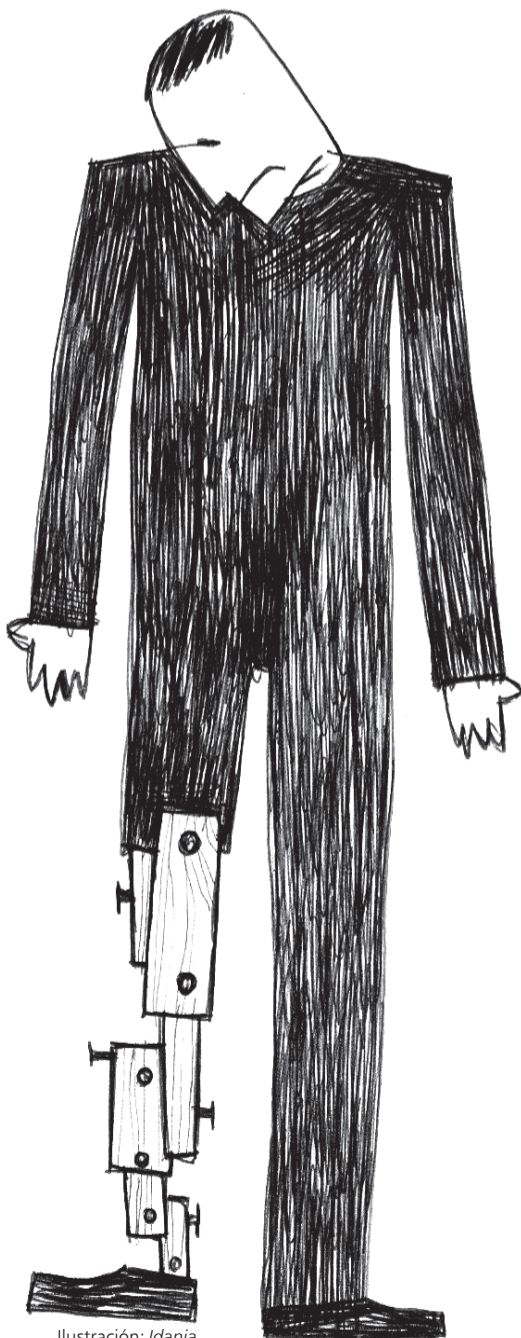


Ilustración: Idania

La batalla del lenguaje está en el centro de la guerra cultural, y no estamos ganándola. Suelen influirnos demasiado, como si no fueran letales para pensar y sentir con independencia, los prejuicios instalados como requisitos previos a toda comunicación —por ejemplo, las bondades de la «liberalización» o la «ineficacia del Estado», y los términos dirigidos a lograr la interiorización de la dominación, el colonialismo mental. Los «nuevos pobres», «informales» o «desfavorecidos», son producto de los «ajustes», «aperturas» y «reducciones de gastos» de las economías y las sociedades subordinadas, debido a la supuestamente obligatoria «globalización»; los trabajadores pierden sus relaciones sociales y su talante, y se reducen a «capital humano»; los ladrones de las finanzas mundiales organizan ahora la «lucha contra la pobreza»; cualquier acto de intervención puede ser «humanitario», y las víctimas de las agresiones genocidas se transforman en «daños colaterales».

El dominio material imperialista en este terreno es muy importante, pero lo decisivo para ellos es el dominio transnacional sobre las conciencias y los medios de pensar de las personas, sus deseos y sus sentimientos. La fuerza de su superioridad material se imponen en cada campo solamente mientras no se ponen en marcha en su contra las subjetividades motivadas, conscientes y organizadas. El militarismo se rige por la alta tecnología, el poder económico, la fuerza de las armas, y parece invencible, hasta que aparece una resistencia capaz de promover en los sujetos oprimidos aquellos rasgos. El aspecto económico es decisivo siempre en el mundo capitalista hiperconcentrado, de transnacionales, control financiero e inmenso poder estatal, y debe predominar sobre las formaciones económicas, las políticas económicas y la soberanía de la mayoría de los países; pero si se logra tener conciencia, una voluntad política y organización suficientes, se puede resistir eficazmente al imperialismo. Cuba, pequeño país cuya política económica y social, soberanía y conducta internacionales son escandalosas negaciones de ese dominio, es un ejemplo palpable. La dominación cultural y mediática tienen también sus especificidades, y una de ellas puede ser fundamental para nosotros: exige consenso. Entonces, ellos están obligados a mantener y educar el consenso, y nosotros necesitamos romper ese consenso a escala creciente.

A pesar de sus aventuras y su soberbia, triunfar en la guerra cultural es vital para el imperialismo. Es cierto que su predominio y la ofensiva que mantiene en el campo cultural y mediático no se explican por sí mismos: estamos en una etapa en que es realmente bajo el nivel de confrontaciones y luchas de liberación a escala mundial. Pero también es cierto que la debilidad de la oposición al sistema constituye una parte muy importante de su fuerza, dados los límites que le fijan la naturaleza actual del capitalismo y el potencial cultural de rebeldía acumulado. Precisamente en esta situación la resistencia y la creación de alternativas mediáticas y culturales son más factibles que en otros terrenos, y tomar conciencia, movilizarse y actuar a favor de una comunicación que defienda los intereses y las identidades populares, y su derecho al conocimiento y a una cultura de la justicia, la libertad y la vida, pueden constituir pasos trascendentes en el cambio en la correlación de fuerzas y en la creación de autoconfianza, ideas y proyectos populares.

Lo primero es ir más allá de lo que parece posible. En realidad, el trabajo intelectual no tendría mucho valor si no fuera capaz de irse muy por encima de sus condiciones de reproducción. En la coyuntura actual, solo voluntades actuantes y persistentes pueden enfrentar la gran diferencia que existe entre las fuerzas en pugna, pero al trabajo en este campo le es factible ser eficaz con recursos escasos y sin esperar a una circunstancia más

favorable. Es preciso liberar al lenguaje y al pensamiento de las cárceles de la dominación. Hay que analizar bien y llegar a conocer la guerra cultural, encontrar sus puntos débiles y aprender a utilizar ese conocimiento no solo para denunciarla, sino para actuar contra ella a la vez que ir creando un campo cultural diferente y opuesto al del sistema. Es necesario desarrollar medios y otros instrumentos alternativos que no sean solamente nichos tolerados en medio de una corriente principal omnipotente, porque esos nichos suelen tener uno entre dos destinos: servir a una minoría que se conforme y satisfaga con eso, o ser reabsorbido, reincorporado como una faceta más en el prisma de la dominación.

Mil millones de personas en el mundo son analfabetos, dos mil millones están demasiado angustiados tratando de sobrevivir para prestarle atención a lo que discutimos aquí. Pero ellos también deben formar parte de nuestras motivaciones y batallas, porque así llegarán a coincidir la exigencia moral y la fuerza suficiente, y porque si se cede a la creencia, fomentada por el sistema, de que el mundo se divide en incluidos y excluidos, se termina aferrado a ser un incluido. Liberarse de la dominación cultural es sumamente difícil, por eso hay que emprender el largo camino con instrumentos y valores apropiados, y con tenacidad. Pero es ineludible crear desde el principio elementos de una nueva cultura de liberación, por más débiles que seamos; se ha demostrado hasta la saciedad que son suicidas las ideologías, organizaciones y poderes que pretenden posponer esa tarea para supuestas etapas más favorables, y creen poder construir las relaciones, mentes y corazones nuevos con los viejos materiales de la dominación.

La acumulación cultural lograda por la humanidad puede ser la premisa de procesos de concientización y preparación para la liberación, que, sin embargo, tendrán que ser muy originales y creativos para ser opciones válidas. Desde esos puntos de partida, es indispensable situarse siempre en la especificidad del medio y de los objetivos que buscamos. Conseguir más temas procedentes, métodos convenientes, calidad, atractivo; ser realmente opuestos y diferentes a la cultura de los opresores, y no solo opuestos a ella; salir de los *ghettos* en que nos colocan, a encontrarnos y reunirnos con tantos inconformes que sin embargo tienen la sagacidad de no querer andar por los viejos caminos ni adorar dogmas; construir coordinaciones cada vez más amplias y eficaces con los que realizan trabajos afines y con los mismos objetivos generales; participar efectivamente en la causa con que se simpatiza, donde se estime mejor, pero con la gente, a enseñar y aprender en la actuación; ver más allá del horizonte del trabajo específico, explicarlo a los demás y ayudar a forjar instrumentos para formas más realmente autónomas de educación y concientización popular. La contienda por los medios, la cultura y el conocimiento solo será eficaz si forma parte de una batalla mayor.

Para esta lucha no serán suficientes las ideas que hemos tenido de los campos de los medios, la cultura y el conocimiento: habrá que desarrollarlos más y en nuevas direcciones, y descubrirles contenidos y modos que ahora apenas entrevemos o deseamos. Para esa labor serán necesarias todas las personas que no presten servicios a la dominación, los consideremos o no muy moderados o muy radicales. Considero de la mayor importancia un Foro como este, porque nos indica el buen camino. Es decir, nos ayuda a conocernos y reunirnos, aprender a apreciarnos, como lo que somos: los que van a luchar juntos. ▀

Intervención en la Conferencia *Medios de comunicación, cultura y conocimiento*, organizada por el Foro Social Mundial, Mumbai, India, 18 de enero de 2004.

http://www.lajiribilla.cu/2004/n143_01/143_12.html

Entrevista con Reynaldo González

Reynaldo González, autor que ha merecido el Premio Nacional de Literatura Cubana en 2003, reconocimiento entregado en la XIII Feria del Libro de La Habana, es narrador y ensayista, antropólogo, poeta, periodista, editor, crítico literario y de cine. En entrevista exclusiva para *La Jiribilla*, nos confiesa: «Quizás la forma más directa de dañar una cultura sea pretender encapsularla con la tradición de influencias y la capacidad receptiva evidenciada por la trayectoria de Cuba. Las relaciones entre países y culturas, por muy adversas que resulten, establecen líneas de interrelación, zonas de interinfluencias».

Usted le editó a José Lezama Lima su libro La cantidad hechizada. Hable de sus experiencias como editor de un autor cuya obra trasciende, entre otras cosas, por su hermetismo y sapiencia.

La cantidad hechizada es quizás uno de los libros menos «herméticos» entre los publicados por Lezama, sin que esto suponga completa literalidad en sus proposiciones. En sus páginas se ocupó de grandes figuras de la cultura cubana, trazó paralelos significativos entre la poesía y la pintura, y volvió a explicar su sistema poético del mundo. Lo considero una buena brecha para entrar en la complejidad de su obra, como siempre he recomendado leer sus ensayos antes que sus novelas y su poesía. Esto puede desconcertar, tratándose de un poeta extraordinario, pero se explica si sabemos que independientemente de los géneros, tuvo una intensa expresión

algo extremadamente difícil en nuestro entorno occidental, con la tradición de influencias y la capacidad receptiva evidenciada por la trayectoria de Cuba. Las relaciones entre países y culturas, por muy adversas que resulten, establecen líneas de interrelación, zonas de interinfluencias. He subrayado que el afán universalista halla reflejo en el micromundo, lo genera el hombre mismo. Parecerá pedante remitirte a un texto mío, pero son ideas ya trabajadas en «Municipio Vs. Municipalismo», de *La ventana discreta*. Este asunto suele traducir la obsesión de afiliarse a modas y tendencias que fenecen con rapidez y dejan un fardo menos generador de lo que se pensaba, simples tics de expresión, metalenguaje vacuo. Es manía feble, esnobismo, subproducto ajeno a la creatividad verdadera. A veces el fruto de un empeinado *aggiornamento* es el traslado de neologismos y valores de la teoría en la obra de ficción, una suerte de polución verbal. Eso no guarda relación con la identidad o con el encapsulamiento.

¿Qué se considera, se siente más narrador, poeta, ensayista...?

Soy un escritor, simplemente. Al inicio de los años 60, siendo un narrador que comenzaba, publiqué un artículo que ya fijaba mi posición: «Los géneros estallan» (revista *Unión*). La intensa relación de los géneros para alcanzar una expresión que esté realmente en función de la obra deseada, puede resultar útil a la expresión, pero si la obra lo requiere, no por capricho o intencionalidad artificiosa. Lo poético asiste a la narración, y viceversa, si la obra «lo pide», «lo dice» ella misma al creador auténtico. Sé que tu pregunta viene por la salida de mi primer poemario editado, *Envidia de Adriano*. ¡A los 63 años!, podrás pensar. ¿Y cuál es la edad de la poesía? En mi comprensión, es un género de madurez. No todos los jóvenes son Rimbaud, por más que lo deseen.

soy un escritor, SIMPLEMENTE

Iris Cepero
Cuba

poética, y en su ensayística explicitó su concepción de la poesía. Trabajar con él, en un libro como *La cantidad hechizada*, fue una excelente oportunidad para dialogar sobre nuestra cultura y nuestra historia, Martí, Casal, Heredia, Zenea, encuentros y desencuentros, la recepción de sus libros y otros asuntos de interés para mí. No desaproveché la ocasión.

¿Qué valoración le merece la literatura cubana de los últimos 50 años, incluida la que se escribe actualmente en Cuba y el exilio?

No suelo establecer panoramas, no es de mi agrado. En ese medio siglo la cultura cubana creció enormemente, y en ella la literatura. Surgieron libros fundamentales, autores de gran interés, que alcanzaron una difusión sin paralelo con tiempos anteriores. Coexistieron tendencias muy variadas y a pesar de un paréntesis dogmático y dramático, iniciado a finales de los años 60 y extendido hasta comienzos de los 80, padecido por todas las disciplinas artísticas, pero fundamentalmente por la literatura y el teatro, la vitalidad de nuestros creadores se impuso a influencias exógenas que se disfrazaban de defensoras de la cultura nacional. Muchos de los que hoy escriben en el exilio, fueron disparados por aquellas medidas extremas. Los que quedamos, podemos considerarnos parte de una resistencia, aferrados a valores propios y a individualidades realmente fuertes. Unos y otros de alguna manera fuimos marcados por aquellos vapuleos. Eso se refleja en nuestras obras, sobre todo en la accidentada periodicidad en que pudimos darlas a conocer.

¿Cuál es su valoración sobre la permanente relación de amor y odio entre nacionalidad y universalidad, los riesgos de perder la identidad o encapsular la cultura?

Solo los países de culturas obligatoriamente cerradas conocen lo que llamas «permanente relación de amor y odio entre nacionalidad y universalidad». Una expresión así niega viejas convicciones de los cubanos, incluido José Martí, hombre de extensa convivencia en metrópolis de otros países, que devino defensor de nuestra autoctonía. Quizás la forma más directa de dañar una cultura sea pretender encapsularla,

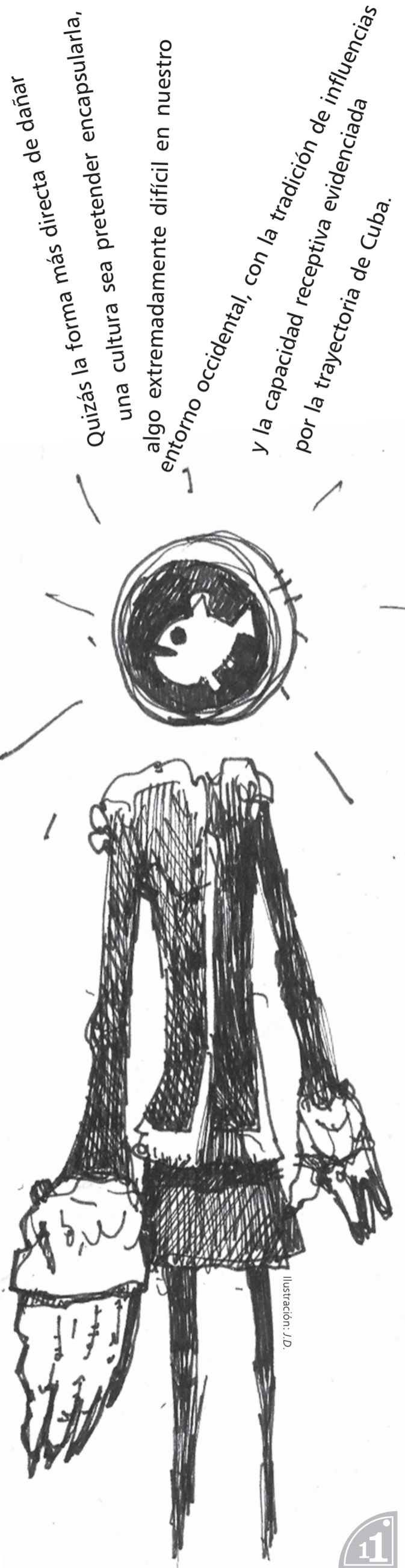
De sus libros, ¿cuál es el preferido y cuál disfrutó más escribiendo?

Yo siempre disfruto escribiendo, también investigando, lo denotan mis ensayos. Cuando estoy enfrascado en un nuevo libro, es el que prefiero. Tengo particular cariño por algunos, como *Contradanzas y latigazos*, *Llorar es un placer*, *La fiesta de los tiburones* y mi reciente novela *Al cielo sometidos*. También aprecio mi primera novela, *Siempre la muerte, su paso breve*, casi desconocida por las nuevas generaciones de lectores. Y amo *El bello habano*, quizás el más literario y juguetón de todos. Ahora tengo un romance con el que se presenta en la feria, *Espiral de interrogantes* (versión electrónica y en formato tradicional). ¿Ves? Casi te hago un listado completo. Teniéndolos a todos por hijos legítimos, es difícil escoger entre ellos.

Usted tiene una obra extensa y diversa, lo cual, junto a las ventajas de un hombre que se mueve en varios mundos, implica los riesgos de la falta de especialización, de hondura del conocimiento...

No es lo que piensan los críticos que han frecuentado mis libros. En el mundo existen muchos escritores como yo. La insularidad, las condiciones que han agravado el desenvolvimiento de nuestros autores y una buena dosis de holgazanería y pérdida de tiempo, no pueden tomarse como modelos. Mis modelos son otros. A quien desperdicia su vida en corrillos, en pretenderse *magister* de grupos, andar a zancadas en cada brete, se le recordará como *salonnier*, espécimen tipificado en los cotarros culturales, pero no como un escritor de significación verdadera. No siempre quien escribe poco, es profundo. Suele ocurrir lo contrario. Estando en Cuba, no suelo desperdiciar mi tiempo. Tampoco en el exterior. Mi frecuentación de países diversos me ha permitido profundizar en conocimientos a los que un escritor estático no tiene alcance. Lamento que otros, con idénticas posibilidades, las desaprovechen. ▀

http://www.lajiribilla.cu/2004/n144_02/144_10.html





mi socio de la Yuma

M. H. Lagarde
Cuba

partir, le había escrito un correo diciéndole que en pocos días llegaría a esa ciudad para cubrir para *La Jiribilla* el evento y que, por supuesto, contaba con su ayuda. Por la misma vía, Hillson, a quien nunca antes había visto —solo había leído su conocido ensayo sobre Reynaldo Arenas—, me respondió algo así como que me desprecupara: «Mi casa es tu casa».

Lo vi por primera vez en una de las salidas del aeropuerto de Los Ángeles. Era un hombre de mediana estatura, cabello entrecano, que aparentaba unos cuarenta y tantos años. El zarcillo que llevaba en una oreja, la barba de cuatro días, sus sandalias, el short y camiseta desteñidos, nada tenían que ver con el catedrático de espejuelos y levita que, en mi imaginación, debía ser el autor de aquel objetivo y serio ensayo sobre la homosexualidad en la Revolución cubana.

El coordinador de la Asociación de Solidaridad con Cuba en Los Ángeles estaba de pie ante una docena de amigos estadounidenses de Cuba que portaban carteles en contra del bloqueo y banderas cubanas, y pronunciaba, en su español angelino, una arenga de bienvenida a los hermanos artistas de la Isla que, a pesar de las muchas presiones de la mafia de Miami para impedirlo, acababan de arribar a los EE.UU.

Para suerte de Rolando Pérez Betancourt, el crítico y periodista de *Granma* que también reportaba el evento, y mía, Hillson se

gestionadas avenidas de repente se transformaron en señalizados desiertos de asfalto— pasamos la mañana entera comentando lo sucedido. Jon no parecía muy afectado por las imágenes de los aviones estallando contra los rascacielos o de las personas lanzándose al vacío para escapar de las llamas y, de vez en cuando, realizaba una llamada por su celular o confrontaba con nosotros sus criterios. Los tres coincidimos en que, sin duda, aquellas imágenes sacadas de algún filme del peor Hollywood, marcaban el inicio de una nueva era imperial. «Los americanos —dije—, en venganza, van a arrasar con alguna que otra Guernica del mundo». Hillson, por su parte, como si presagara el decreto de la llamada Acta Patriótica, apuntó que el atentado de Nueva York serviría como pretexto para frenar la lucha por las reivindicaciones de los trabajadores y otros derechos civiles.

Después de pasar toda la tarde especulando sobre los posibles ejecutores del crimen de las torres, concluimos que ni los palestinos —los primeros acusados según unas falsas imágenes de televisión que mostraban a unos niños saltando de regocijo—, ni los atrasados países árabes, tenían nada que ver con una operación terrorista tan meticulosamente planificada.

Hillson nos invitó a cenar. Junto a Beverly y otros dos amigos de origen ecuatoriano, atravesamos en sendos autos parte de la fantasmagórica ciudad de Los Ángeles hasta la Playa de Santa Mónica. En un restaurante mexicano situado en la punta del muelle que se extiende sobre el Pacífico, la conversación tomó por otros rumbos y Hillson abordó varios

como maletero en el aeropuerto se debía a que asumía su quehacer de activista sindical cual una suerte de misión religiosa. «Un verdadero militante —me dijo una vez mientras comíamos en mi casa en La Habana—, debe trabajar en la base». Por esa razón había trabajado también durante muchos años en una fábrica textil. Vivía orgulloso de ser un obrero. En dos conferencias que impartió ante jóvenes cubanos sobre la realidad en los EE.UU., lo presenté como el intelectual norteamericano que colaboraba para *La Jiribilla*. Pero él nunca comenzaba a hablar sin anteponer la aclaración de la que era, para él, su mayor virtud: su condición proletaria.

Al mismo tiempo, tampoco era uno de esos escritores puros que abordaba la palabra por simple pretensión estética. Su escritura era un arma política, una forma de llegar y movilizar a los trabajadores, de crearles conciencia. Lo vi escribir varias veces y lo hacía como si tuviese una necesidad urgente de sacar a flote aquella parte de la realidad norteamericana que los grandes medios y, por supuesto Hollywood, silencian.

En *La Jiribilla* muchas veces nos preguntábamos cómo era posible que aquel hombre, que tenía que cumplir con un horario de trabajo en el aeropuerto, pudiera escribir aquellos largos reportes que casi siempre enviaba a la crítica hora del cierre. Según sus relatos visitaba, en una misma semana, varias ciudades diferentes cual si poseyese el don de la ubicuidad. A veces, es cierto, sus textos, principalmente los de carácter sindical, se iban más allá de los temas políticos o culturales de la línea editorial de la revista, sin embargo no había que estar muy informado para darse cuenta de que Hillson escribía sobre algo totalmente inédito. Sus crónicas sobre las luchas de los trabajadores norteamericanos, por lo menos en español, eran únicas. Reportaba la historia más reciente del movimiento obrero norteamericano en un idioma que no dominaba completamente.

Beverly lo había iniciado en los secretos del castellano en los días de la Revolución sandinista.

A diferencia del profesor que yo esperaba encontrarme a mi llegada a Los Ángeles, Jon, el periodista, no se andaba por las ramas ni cambiándoles el significado a las palabras. Como era un intelectual sin ninguna pretensión de serlo, llamaba a las cosas por su nombre. La lucha de clases era simplemente eso y los principales protagonistas de sus relatos eran los obreros y los burgueses capitalistas, la humanidad y el imperio, la justicia y la injusticia, la verdad y la mentira. En realidad, era una suerte para cualquier revista contar con un colaborador como Hillson. Nunca le pagamos un centavo. Escribía simplemente por su fe en que sus denuncias podían ayudar a mejorar el mundo.

En esa misma convicción, la defensa de Cuba tenía un lugar destacado. Hillson, quien

Recién llegado del Primer Encuentro de Escritores Cubano Venezolanos, que tuvo lugar en Caracas, encontré un correo con la infausta noticia: Jon Hillson ha muerto.

Al principio pensé que se trataba de alguna broma de mal gusto y para confirmar lo que aún me resulta inconcebible me dediqué a indagar, vía e-mail, entre varios amigos comunes. De pronto sonó el teléfono e identifiqué la voz de Hilda, una salvadoreña que reside en Los Ángeles. «Es cierto, aseguro, Jon ha muerto». Según contó, ella estaba en un acto de solidaridad con Cuba cuando alguien dijo: «Es una pena que Jon no esté con nosotros» «¿Y dónde está?» preguntó, creyendo que Hillson andaba en uno de esos viajes que solía realizar para apoyar alguna huelga o manifestación de la clase obrera norteamericana. Pero su interlocutor le respondió que hacía solo unas horas, Jon había muerto de un repentino ataque cardíaco. Hilda me especificó aún más: Hillson preparaba una barbacoa para una actividad en defensa de la Revolución cubana. Había ido al mercado a comprar unos pollos y al salir del establecimiento, camino al parqueo donde se encontraba su modesto VW descapotable, se desplomó en el suelo.

No cabe duda de que *La Jiribilla* ha perdido al mejor de sus colaboradores, la Revolución Cubana a uno de sus más fieles defensores en los EE.UU. y yo —que no tengo muchos, por cierto— a mi socio de la Yuma.

Conocí a Hillson en septiembre de 2001 a propósito del viaje de la delegación de músicos cubanos a la premiación de los Grammy latinos que se celebraría en Los Ángeles. Antes de

brindó, junto a su esposa, la amable Beverly, para servirnos de guía por Los Ángeles. A veces, Jon tenía turno en el aeropuerto donde trabajaba como maletero y entonces ella nos servía de chofer; pero siempre que Jon tenía un rato libre se aparecía temprano en nuestra habitación del hotel.

Así ocurrió aquella mañana del 11 de septiembre del 2001. Mientras Rolando y yo contemplábamos en la pantalla del televisor, entre sorprendidos e incrédulos, desmoronarse una y otra vez las torres del World Trade Center, llegó Hillson. Como todo el mundo en Los Ángeles —la ciudad se paralizó y las con-

***La Jiribilla* ha perdido al mejor de sus colaboradores, la Revolución Cubana a uno de sus más fieles defensores en los EE.UU. y yo —que no tengo muchos, por cierto— a mi socio de la Yuma.**

temas históricos y políticos sobre los que demostró tener una vasta cultura.

Jon era algo más que un maletero y dirigente sindical del aeropuerto de Los Ángeles. Por esos días, en una ocasión que visitamos su casa en el barrio de Inglewood, mientras comentaba su magnífico ensayo sobre Reynaldo Arenas, le pregunté: «¿Por qué no trabajas para algún periódico?» «¿Y tú crees que con mis ideas me a van a dejar escribir en alguna parte?», respondió. En parte tenía razón pero, más allá de la consabida censura, la verdadera causa de que un hombre de su capacidad intelectual trabajara

desde que estudiaba allá a mediados de los años 60 en una escuela secundaria en las cercanías de la ciudad de Nueva York se había iniciado como activista político, se convirtió en un apasionado partidario de la Revolución cubana tras leer el ensayo del Che Guevara *El hombre y el socialismo en Cuba*.

Cuba no solo aparecía en sus artículos o en las continuas actividades que organizaba en Los Ángeles a favor de la Isla, sino que su ejemplo le servía para su misión como sindicalista en el aeropuerto. Tenía tan presente a Cuba en su prédica sindical que sus compañeros de trabajo le replicaban en tono de sorna: «¡Cállate, Fidel! ¡Cállate, cubano!» Siempre al servicio de la Revolución, sus últimas actividades a favor de Cuba estuvieron relacionadas con la lucha por la libertad de los Cinco Héroes cubanos prisioneros del imperio, así como por los derechos de los norteamericanos de viajar a la Isla. Su última estancia en La Habana, fue como organizador de una delegación de un centenar de

jóvenes norteamericanos deseosos de conocer, por ellos mismos, la realidad cubana.

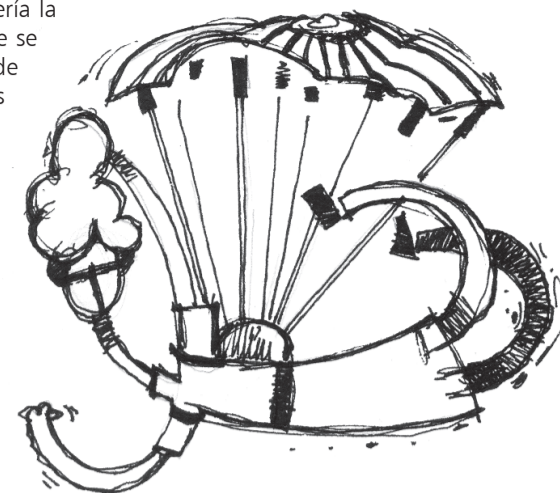
La última vez que nos vimos fue en el portal del Palacio del Segundo Cabo. «Cuando vuelvas —le dije a modo de despedida—, nos vamos con Beverly a dar una vuelta por los carnavales». «No me gustan», aseguró. «Ya verás que sí —insistí—, tú no sabes nada de eso».

Casi una semana antes de su muerte, justo dos días antes de salir yo para Venezuela, me llamó por teléfono, como solía hacer casi todos los viernes, para preguntarme si había leído un correo que me había enviado con algunas consideraciones suyas sobre la intelectualidad liberal norteamericana. No había tenido tiempo de leerlo, pero de todas formas hablamos como 20 minutos sobre las próximas elecciones, los posibles candidatos demócratas y el acto que estaban preparando para combatir las nuevas restricciones de la actual administración para impedir los viajes a Cuba. Me dijo que participaría en un acto donde hablaría el traductor de tailandés

de Bush recientemente sancionado por viajar a la Isla. «Un buen tipo», agregó. Mencionó también una manifestación que sería la más grande de todos los tiempos que se realizaría en Los Ángeles y en donde, de alguna manera, estarían presentes los Cinco. Como siempre, le pedí que me mandara un buen trabajo sobre todo eso. Después, le pregunté para cuándo volvía. «Para el 26 de marzo, dijo, viajaré en la última delegación con licencia».

La muerte le impidió el regreso para esa fecha. Pero si como yo creo, Jon Hillson está leyendo estas líneas en alguna parte, sabe, también como yo, que regresará nuevamente a la Isla el día que las barreras del engaño dejen de ser el obstáculo que impide consumir la amistad de nuestros pueblos. ▀

http://www.lajiribilla.cu/2004/n144_02/144_32.htm



aparecen armas

Cristina Hernández
Tierramérica



de exterminio masivo

mini-bombas nucleares, la nueva amenaza

El diseño en EE.UU. de una nueva generación de armas nucleares de baja potencia, aprobada en el presupuesto de defensa para 2004, es injustificable política, técnica y militarmente, alegan críticos.

Las llamadas «mini-bombas» nucleares tienen una potencia menor a cinco kilotones de TNT, un tercio del poder contenido en la bomba que EE.UU. arrojó a la ciudad japonesa de Hiroshima en 1945, a finales de la Segunda Guerra Mundial.

«Si quienes hacen la guerra consideran que un arma nuclear es lo suficientemente pequeña como para 'contener' los daños colaterales, es más probable que la usen, lo que se traduciría en un desastre ambiental y humanitario no visto desde la Segunda Guerra Mundial», dijo a *Tierramérica* el especialista Robert K. Musil.

«Por eso podemos decir que no existe tal cosa como 'mini-bombas' nucleares», argumentó Musil, director de la no gubernamental Physicians for Social Responsibility, PSR (Médicos por la Responsabilidad Social), ganadora del Premio Nobel de la Paz 1985 por su labor contra las pruebas nucleares.

La investigación, diseño y estudio económico de las mini-bombas fueron aprobados en el presupuesto de defensa 2004, tras la derogación en mayo de 2003 por parte del Senado de la enmienda Spratt-Furse, promulgada diez años atrás para restringirlos.

El desarrollo de ingeniería, la producción y las pruebas siguen prohibidos.

Según expertos, la iniciativa de la Casa Blanca no viola el Tratado de no Proliferación Nuclear, el acuerdo internacional para eliminar las armas nucleares, ya que este no prohíbe el desarrollo de nuevos tipos de armas.

Sin embargo, para Wolfgang K. H. Panofsky, ex director del Stanford Linear Accelerator Center en la estadounidense universidad de Stanford, existe un considerable impacto negativo de carácter político de esta estrategia armamentista.

EE.UU. debe ser el líder en disminuir el énfasis en la dependencia de armas nucleares. Estas son las que proveen «equidad» entre estados relativamente débiles y estados fuertes y por tanto EE.UU. tiene más que perder de una proliferación nuclear, expresó a *Tierramérica*.

Los defensores de este armamento —una pequeña carga nuclear en la parte posterior de un misil— afirman que algunos objetivos militares solo pueden ser destruidos con energía atómica.

Entre las ventajas de las pequeñas cargas nucleares, sus impulsores señalan menores daños colaterales (léase muertos y heridos civiles y contaminación radiactiva), mejor control y costos de mantenimiento más bajos.

El Departamento (ministerio) de Defensa tiene interés específico en estudiar el uso de pequeñas bombas nucleares para destruir refugios subterráneos utilizados por potenciales enemigos para almacenar armas químicas y biológicas, consideradas las mayores amenazas del nuevo siglo.

Estas instalaciones estarían cubiertas por docenas o cientos de metros de roca sólida, concreto u otros materiales, que les permiten soportar ataques externos con armas convencionales.

De acuerdo a un reporte presentado al Congreso Legislativo, la Agencia de Inteligencia de Defensa cree que hay más de mil 400 objetivos subterráneos estratégicos en todo el mundo.

«Todas las armas nucleares en reserva ya han sido probadas con bajos niveles de kilotones», consideró por su parte David Wright, codirector del Programa de Seguridad Global de la no gubernamental Union of Concerned Scientists (Unión de Científicos Preocupados).

A su juicio, hay dos motivos probables detrás de la iniciativa bélica estadounidense. «Existe un fuerte deseo de los laboratorios de armas nucleares, como Lawrence Livermore National Laboratory y Los Alamos National Laboratory, de diseñar nuevos arsenales, de embarcarse en una nueva misión», explicó a *Tierramérica*.

Además, afirma el físico Wright, el gobierno de George W. Bush cree que las armas nucleares que posee el país son demasiado grandes para ser utilizadas en el campo de batalla, lo que resta credibilidad a un ataque nuclear de EE.UU.

Según este argumento, un armamento menos potente tendría un efecto disuasorio mucho mayor en terroristas y países enemigos.

«Existe en el Congreso la creencia de que necesitamos estas armas para destruir arsenales químicos y biológicos enterrados bajo tierra. Sin embargo, estudios demuestran la incapacidad de las bombas pequeñas para destruir estos agentes en instalaciones subterráneas. Al contrario, ayudarían a su dispersión», añadió Wright.

Una de las preocupaciones de los expertos es que las mini-bombas deben alcanzar un grado de penetración profundo en la tierra, suficiente para explotar, destruir su objetivo y sellar los escombros producidos en el punto de explosión.

Wright estima que un arma con un kilotón de potencia requiere adentrarse por lo menos 60 metros bajo tierra para que su explosión sea contenida. Pero con la tecnología con que se cuenta, de momento solo tendría capacidad para penetrar 10 metros.

A una profundidad de 15 metros, una explosión de un kilotón derrumbaría viviendas ubicadas hasta un kilómetro de distancia, matando a la mayoría de sus habitantes, afirma un estudio de Physicians for Social Responsibility.

Los sobrevivientes absorberían entre cientos y miles de rems de radiación, dosis probadamente fatales. El rem es una unidad de medida utilizada para cuantificar los efectos biológicos de la radiación.

Un contacto aun limitado con la radiación puede afectar la habilidad del cerebro de regular la distribución de la sangre, disminuir la fertilidad e incrementar la incidencia de cáncer.

Además, los daños en el ADN pueden dar pie a mutaciones genéticas en la descendencia.

Para los sobrevivientes, la discriminación y la negación del derecho a la atención médica y al trabajo pueden forzarlos a mantener su experiencia en secreto, como sucedió con 280 mil japoneses que salvaron su vida en la hecatombe de Hiroshima en 1945.

Por ser un tema polémico, las próximas elecciones de noviembre en las que Bush aspira a obtener un nuevo mandato, podrían poner un paréntesis al asunto.

«A la administración Bush le interesa retomar las pruebas nucleares, pero no las promoverá hasta pasadas las elecciones», vaticinó Wright. ▀

http://www.lajiribilla.cu/2004/n142_01/elgranzoo.htm

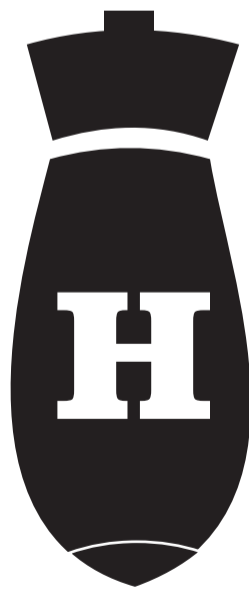


Ilustración: Darien

En la penumbra gris y opaca del anochecer, solo se alcanzaba a vislumbrar el contorno de su barba blanca y su espeso bigote negro. Su larga cabellera se mantenía medio despeinada. Parecía exhausto, agotado, casi desilusionado. Estaba muy solo y bastante triste.

Vestía un saco antiguo, totalmente fuera de moda, de colores oscuros. Tenía apoyada la mano en el estómago y, sobre ella, un pequeño reloj con cadena. Permaneció sentado sobre una silla de madera, tieso, con una mirada enigmática, como preguntándose. Así quedó, petrificado, cuando la noche se volvió oscura.

Paulatinamente corrió el rumor. Era el año 1989. Muchos lo dieron por muerto. Como tantas otras veces. Habían esperado ese momento desde un tiempo sin memoria. Festejaron con un entusiasmo desbordado y grosero. ¡Ahora sí!, se codeaban mutuamente, mientras acariciaban, entre risotadas y exabruptos, sus tarjetas de crédito y sus acciones bursátiles. Esos años inmediatos fueron crueles, despiadados, inmorales. Ellos no tuvieron escrúpulos. Ni una pizca de lástima. Los aprovecharon bien, con una obscenidad y un cinismo sin límites.

Pero al poco rato regresó. Estaba anonadado. Aunque los conocía de cerca, porque los había estudiado durante décadas, le costaba asimilar la tremenda frivolidad de sus enemigos.

Ahora ya no estaba en penumbras. Se le veía sonriente, enérgico, decidido. Como quien retorna en la mañana con ganas de recuperar el tiempo perdido. Venía caminando con movimientos rápidos y pasos cortos. Tampoco estaba solo. Lo acompañaban muchos jóvenes, un nutrido racimo de muchachos y muchachas de diversas nacionalidades y culturas, vestidos de una manera muy distinta a la suya. Sus peinados contrastaban con la larga cabellera canosa del viejo. Conversaban animadamente sobre las nuevas estrategias del capital, la globalización y la lucha contra el imperialismo.

Él les hablaba gesticulando, enfatizando cada palabra con un gesto de la mano. Ellos lo interrogaban y escuchaban sus respuestas con atención. Lo observaban con una expresión de asombro que no terminaba nunca de apagarse. Estaban impresionados. Después de casi dos décadas de discursos fragmentarios, monocordes y «realistas», volver a encontrarse con los conceptos totalizantes del viejo generaba una emoción difícil de disimular. Sus preguntas siempre apasionadas provocaban una inmediata aceleración de las palpitaciones.

Cuando lo vieron aparecer de nuevo, asomando su melena blanca en medio de tantos jóvenes, sus enemigos no lo podían creer. Se les cayó la mandíbula. ¡Era imposible que el fantasma hubiera resurgido de las cenizas!

Tratando de explicar ese repentino regreso, durante el año 1999 la *BBC News On line*, de Londres, realizó una votación por Internet en la que preguntaba quiénes eran «los diez pensadores más grandes del milenio». El resultado confirmaba lo que se temía. Esos jóvenes no se habían equivocado. Había vuelto.

La compulsión de la *BBC* culminó de la siguiente manera: primero Carlos Marx; segundo Alberto Einstein; tercero Isaac Newton; cuarto Carlos Darwin; quinto Santo Tomás de Aquino..., décimo Federico Nietzsche.

Con la boca abierta y sin argumentos, algunos periodistas de medios de comunicación «independientes» y «serios» solo atinaron a explicar el sorprendente resultado de la encuesta británica afirmando que «Fidel Castro ordenó votar por Internet a todos los cubanos y por eso ganó Marx...». Fue cómico. Y también patético.

Obviamente, la importancia y la justeza de las ideas de un pensador no pueden medirse en términos cuantitativos. Y menos que nada a través de encuestas, instrumento de análisis sociológico que se ha convertido en uno de los elementos privilegiados para reforzar el consenso y la dominación

melena blanca, bigote negro, traje oscuro

Néstor Kohan
Argentina

política durante los simulacros de elecciones desarrolladas periódicamente en las «democracias» capitalistas de nuestros días.

La encuesta de la *BBC* debería ser tomada entonces con pinzas y cuentagotas. No define nada. Sin embargo, que el nombre de Marx deje de estar asociado, como ocurrió en los primeros años 90, a los escombros del Muro de Berlín y al derrumbe —sin dignidad ni decoro— de las burocracias de los regímenes eurorientales y comience, nuevamente, a ser símbolo de la rebelión juvenil contra la mundialización del capital constituye todo un síntoma de época.

El Moro (como lo llamaban cariñosamente su familia y sus amigos) dejó una obra monumental. Por el contenido, por el brillo y también por el tamaño. Todavía hoy, en la madrugada del siglo XXI, restan materiales de Marx que aún no han sido traducidos a nuestro idioma. Sus papeles y manuscritos póstumos son casi tan extensos como los libros editados en vida. Muchos de esos papeles vieron la luz gracias a su inseparable amigo y compañero Federico Engels. Otros fueron publicados hacia fines del siglo XIX por la socialdemocracia alemana, corriente que le introdujo no pocos cortes y mutilaciones. Más tarde, durante el primer tercio del siglo XX, la edición estuvo a cargo de uno de los máximos estudiosos mundiales del marxismo, conocido por el seudónimo de David Riazanov. Un entrañable compañero, trágicamente asesinado en tiempos de Stalin. De la mano de Riazanov (quien llegó a tener como «ayudantes» y «colaboradores» de su trabajo editorial a pensadores de la talla de György Lukács) pudimos conocer los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844* y *La ideología alemana*, sin mencionar numerosos escritos históricos y políticos de los fundadores de la filosofía de la praxis.

De esa impresionante acumulación de escritos, a los que Marx subordinó su felicidad personal, el bienestar de su familia y hasta su salud física, *El Capital* sigue siendo una obra fundamental. «Un cañonazo» y «un misil contra la burguesía», como lo describió su autor sin haber exagerado en lo más mínimo.

Cuando a inicios de la Revolución cubana Fidel y el Che se pusieron a estudiar en forma colectiva *El Capital*, seguramente deben haber tenido por delante una serie inimaginable de urgencias que resolver. Lo mismo les debe haber ocurrido a Lenin y a sus compañeros bolcheviques cuando lo estudiaban en las catacumbas de la autocracia zarista. Y a Rosa Luxemburgo, cuando se puso a repasar los análisis de *El Capital* sobre la reproducción mientras alentaba el surgimiento de una corriente revolucionaria en Alemania. En Argentina, ocultos y clandestinos, entre una y otra dictaduras militares, Santucho y sus compañeros se esforzaron por estudiar a Marx y también llegaron, con la ayuda de Lenin, hasta la *Ciencia de la Lógica*, de Hegel. ¿Por qué todos ellos les dedicaron

tiempo y esfuerzo, a pesar de condiciones tan poco propicias, a la lectura y al estudio de esta obra tan compleja?

¿Y nosotros? ¿No tenemos acaso otras demandas más urgentes?

Cada quien responderá a su manera. En nuestra opinión no todo lo que hay que saber en la vida se encuentra en *El Capital*. Grave equivocación la de aquellos que nos sugieren leer únicamente textos marxistas y dejar de lado el resto del pensamiento social, clásico y contemporáneo.

Sin embargo, si uno pretende acompañar y legitimar la rebelión cotidiana contra el modo de vida capitalista con herramientas teóricas y conceptuales, conviene no desconocer ni olvidar *El Capital*. En esta obra de escandalosa actualidad, Marx hunde el cuchillo de la crítica en el corazón del modo de producción capitalista. No le tiemblan el pulso ni la mano. Allí descubre un entramado de relaciones sociales en el cual la explotación viene entrecruzada por relaciones de dominación.

A contrapelo de la mirada economicista (que el neoliberalismo instaló como sentido común durante los años 80 y 90), Marx vuelve observable algo que está oculto para el fetichismo de las apariencias donde se mueve cómodamente la economía neoclásica. El valor, el dinero y el capital no son cosas ni «factores de producción» —como dicen los manuales de economía de la Universidad argentina—, sino relaciones. Relaciones de producción, atravesadas por la lucha de clases, por lo tanto, relaciones sociales de poder y de fuerza. No hay economía «pura» sin política, sin poder y sin relaciones de fuerza. La política no es algo externo a las relaciones sociales. Algo así como un aditamento «superestructural». Un epifenómeno que se derivaría de manera lineal del «factor económico». Por eso, *El Capital* no es un manual (izquierdista) de economía, sino una *Crítica de la economía política*.

Sospechamos que esa crítica de la economía política tiene mucho que aportar a la hora de replantearnos la lucha contra el capitalismo globalizado de nuestros días.

Durante demasiado tiempo, el marxismo oficial en los países del Este —difundido a todo vapor en América Latina a través de una extendida serie de manuales de divulgación— depositó sus esperanzas en un supuesto desarrollo autónomo de la economía. Se subestimó la lucha contrahegemónica. La batalla cultural por la creación de hombres y mujeres nuevos, el gran sueño del Che Guevara, a pesar de los elogios formales y de compromiso, fue reclusa en la buhardilla de los trastos viejos. Ese proyecto por la creación de una nueva subjetividad histórica no entraba en el lecho de Proculo del archicitado «reflejo superestructural».

De este modo, en aquella ideología oficial el mercado se transformó en el demiurgo mágico cuyo desarrollo y expansión posibilitarían, supuestamente, «alcanzar al capitalismo»

y disputarle en su mismo terreno. La competencia capitalista fue reproducida al interior de las sociedades del Este europeo, cambiando solamente el término de «competencia» por el de «emulación», como si esa simple sustitución nominalista pudiera impedir o frenar el deterioro de la conciencia socialista en las masas populares. El proyecto comunista y las aspiraciones radicales de los primeros tiempos de la revolución bolchevique fueron trágicamente reemplazados por la razón de Estado, el oportunismo político y el pragmatismo economicista, acompañados, como suele ocurrir, por el más feroz dogmatismo ideológico. Todo en nombre del «realismo». Hoy en día ha quedado más que claro a qué conducen los cantos de sirena del «realismo»... cuyos susurros vuelven periódicamente a mero-dear en los oídos de los revolucionarios.

En América Latina, esa codificación otrora oficial desconoció todo lo original aportado por la experiencia política y cultural de nuestro continente. Desde ese estrecho marco que cerraba caprichosamente el ángulo de la mirada, la Reforma Universitaria nacida en Córdoba, Argentina, en 1918 (es decir, 50 años antes que el mayo francés...) y extendida rápidamente hasta Cuba y México, pasando por el Perú y el Brasil, se convirtió en «una corriente idealista de ideología confusa, pequeño-burguesa y reaccionaria». José Carlos Mariátegui, a pesar de su crispada polémica con Haya de la Torre, se transformó por arte de prestidigitador en apenas un simple «populista» (Miroshovski dixit). José Martí en un demócrata progresista, pero... pequeño-burgués. El Che Guevara en un ingenuo «aventurero ultrazquierdista y foquista». Etcétera, etcétera, etcétera. Todo proceso cultural que no encajara en los moldes pretendidamente «clásicos» de Europa, quedaba por decreto fuera de la historia. Si América Latina tenía un desarrollo económico atrasado (con supuestas reminiscencias «feudales...»), y si la economía determinaba de manera unívoca a la superestructura, pues entonces necesariamente toda la cultura política latinoamericana debía ser ineluctablemente un reflejo de ese atraso. Era inconcebible cualquier desarrollo autónomo y original que se adelantase al orden establecido.

Desde ese patrón eurocéntrico de medida, la cultura radical que acompaña a la Reforma Universitaria, y años más tarde, la pedagogía del oprimido, la teoría de la dependencia, la teología de la liberación y todo el proceso insurreccional que la Revolución cubana alienta en el continente son clasificados, sin mayores trámites, como herejías (en clásico lenguaje religioso a pesar del «ateísmo científico») o revisionismos (en la jerga tradicional, no menos religiosa). Para ese marxismo unilateral y rudimentario, lo real maravilloso que Alejo Carpentier definió como una característica de nuestra América resultaba incomprensible y sospechoso. Tan sospechoso —o incluso más— que aquella imaginación libertaria reclamada por el 68 europeo.

Pero esa metafísica brutalmente economicista que tanto daño hizo al marxismo no desapareció con el hundimiento de los países del Este. Al contrario. El pensamiento burgués de nuestros días, a pesar de su anticomunismo galopante, la reproduce a un grado infinitamente mayor. Al resquebrajarse la contensión del capital que obligó a los empresarios y teóricos occidentales a desarrollar una revolución pasiva para prevenir la indisciplina de los trabajadores —Henry Ford y John Maynard Keynes fueron emblemáticos, en este sentido—, el fetichismo economicista se multiplicó hasta el paroxismo, ahora de la mano de la economía neoclásica. «Los Mercados», como si tuvieran vida propia, se engulleron el planeta. El neoliberalismo de Milton Friedman, von Hayek, Karl Popper, Thatcher y Reagan, hegemónico durante los años 80 y 90, fue la expresión ideológica de este proceso.

¿Por qué el marxismo de los países del Este no pudo enfrentar esa ofensiva ideológica? Resulta demasiado simplista y caricaturesco responsabilizar únicamente a un burócrata desideologizado como Gorbachov por esa derrota. Las raíces que la explican son mucho más antiguas y profundas. ¿Cómo podría contrarrestar el aluvión neoliberal aquel marxismo que postulaba, ya desde los tiempos de Stalin (mucho antes que Gorbachov) que «la conciencia siempre atrasa frente a la economía». La llamada ley del «retardo de la conciencia» depositaba el motor de la historia exclusivamente en el desarrollo tecnológico. La lucha por la hegemonía, la ética y los valores, la cultura y la ideología, en suma, la batalla de las ideas (para utilizar una expresión de Martí tan cara a Fidel) se encontraba completamente desdibujada. No casualmente nuestro entrañable Roque Dalton, con su filosa ironía humorística de siempre, se preguntó: «¿Qué le dijo el Movimiento

Comunista Internacional a Gramsci? No tengo edad, no tengo edad para amaaaaarte...»

Desgastada esa pretendida ortodoxia economicista, el marxismo del siglo XXI deberá poner en el eje de su reflexión y de sus prácticas la lucha cultural, la batalla de las ideas, la confrontación de los valores, la insubordinación como una ética de vida y la creación de una nueva subjetividad (de hombres nuevos y mujeres nuevas).

¡Debemos aprender de nuestros enemigos! Ya en el año 1987, en la Conferencia de Ejércitos Americanos de Mar del Plata (Argentina), las Fuerzas Armadas norteamericanas y sus sirvientes locales, definieron al maxismo gramsciano y a la teología de la liberación como los enemigos estratégicos de nuestros días. En este registro de pensamiento, uno de los estrategas del Ejército argentino e ideólogo de varias dictaduras militares, el general Osiris Villegas, sostuvo en varios de sus libros que la lucha cultural y la batalla por la conciencia constituye uno de

los núcleos fundamentales de la guerra revolucionaria de nuestros días.

El Marx del siglo XXI, nuestro Marx, será precisamente aquel que prioriza como eje de su monumental obra la crítica del fetichismo. No solo en el terreno económico de la economía globalizada, que él ya describió y pronosticó en *El Manifiesto Comunista*, sino también en aquella otra esfera menos visible y ruidosa, pero no menos importante: la metafísica de la vida cotidiana y el mundo de la pseudoconcreción, como los llamaba Karel Kosik. Es decir, el terreno del sentido común, donde se desarrolla día a día la batalla por el corazón, la mente y los sueños de nuestros pueblos.

El marxismo, entendido como teoría crítica y no como razón de Estado, concebido como filosofía política de la praxis y no como una cosmología evolucionista de la naturaleza, tiene mucho que ofrecer a los jóvenes de hoy que en todo el mundo se hacen nuevas preguntas y ya no se conforman con las

respuestas mediocres del neoliberalismo, la resignación del posmodernismo ni con la impotencia política elevada a metafísica por el posestructuralismo. Si las resistencias mundiales pretenden triunfar contra la dominación imperialista del capital globalizado, no podrán prescindir de su legado.

¿Tiene entonces sentido insistir, una vez más, con el viejo de melena blanca, bigote negro y traje antiguo? Creemos que sí. Vale la pena hacer el esfuerzo por desaprender los lugares comunes, bastardeados hasta el límite, que hasta ayer nomás monopolizaban la palabra en el campo revolucionario. Carlos Marx, viejo pero joven, canoso pero enérgico, crítico pero entusiasmado, con el pesimismo de su reflexión pero con el optimismo de su voluntad, seguirá dando batallas junto a nosotros. Y nosotros junto a él. ■

http://www.lajiribilla.cu/2004/n144_02/144_76.html

Ilustraciones: Darién



araña

Secretos compartidos

Joel del Río
Cuba

Aparte de lo expositivo y comercial inherente a la Feria, también este es el espacio favorable para exponer los múltiples nexos culturales entre Cuba y el país invitado —Alemania este año— y para celebrar otras manifestaciones artísticas, como el cine, estrechamente vinculadas con la literatura.

El título más comentado, exitoso y polémico de la jornada de cine alemán, que sirve de apoyo a la presencia alemana en la Feria del Libro, ha sido el documental televisivo de 47 minutos *El secreto del murciélago: Bacardi entre Ron y Revolución*, codirigido por Marcel Kolvenbach y Ekkehard Sieker, este último de visita en Cuba a propósito de la exhibición de su motivadora obra.

Ante un público entusiasmado, y altamente interesado, Ekkehard Sieker presentó *El secreto del murciélago...*, título que responde al logo de la Bacardi, y que desnuda la total implicación de esa firma en actividades abiertamente contrarrevolucionarias. La idea originaria del documental, según explicó, proviene de la sospechosa implicación del gobierno norteamericano en la guerra de patentes entre Bacardi y Havana Club. A partir de ahí, los directores desplegaron una acuciosa investigación dirigida en dos sentidos, las entrevistas enjundiosas con ex empleados y conocedores de la Bacardi, y algunos oficiales de la inteligencia norteamericana, gente de la Fundación Cubano Americana y también representantes de la Revolución, declaraciones que conforman un testimonio con mucho de excelente reportaje periodístico sin renunciar, por supuesto, a un uso ejemplar del material de archivo: videos, fotos, recortes de prensa, etcétera.

Una de las virtudes innegables del documental es su ritmo, conseguido en edición sobre todo, además de que se recurre a mecanismos de la ficción como el suspense y la dramatización para enriquecer y que sea más entretenido y agradable, una obra a todas luces significativa, reveladora de realidades desconocidas, o muy poco conocidas, como debe serlo todo buen documental.

Además de *El secreto del murciélago...*, en el cine La Rampa se concentró un ciclo de clásicos del cine alemán que abarcó desde el cine mudo expresionista (*Fausto, El último acto*), hasta algunas relevantes cintas producidas en la República Democrática Alemana, e injustamente olvidadas como *Profesor Mamlock, Desnudo entre lobos, Jacobo El Mentiroso*, sin obviar algunos títulos más contemporáneos y altamente valorados en el mundo entero como *El joven Toerless, Rosa Luxemburgo y En ningún lugar de África*: unos y otros presentes en este ciclo por el hecho de originarse en importantes textos de la literatura germana. ■

http://www.lajiribilla.cu/2004/n144_02/144_54.html



murciélago

tres ingenuos bien intencionados:

Bush, Blair

Marcos Roitman Rosenmann
La Jornada

Y Aznar



Nada que objetar. Después de haber anunciado al mundo el peligro que suponía para la paz mundial el armamento de destrucción masiva, propiedad del régimen iraquí de Saddam Hussein, su existencia se desvanece en el aire. Ahora resulta que los máximos agoreros de la guerra fueron embaucados por unos infames servicios de inteligencia con fines espurios. Mal intencionados y fuera de todo control político, sus directores se confabularon en la producción de informes engañosos, además de falsos. Recrearon el escenario y facilitaron pruebas amañadas a todos aquellos que se autoproclamaron cancerberos en la lucha contra Hussein, Al Qaeda y el terrorismo global.

Así, a los ojos de la opinión común se representa una obra donde los responsables de haber generado desolación y muerte en nombre de la libertad, que siguen provocándola, fueron embaucados en su buena fe por sus propios servicios de inteligencia. Ahora resultan ser unos incautos a los cuales se convenció de estar en presencia del peor tirano de la historia, el pérfido Saddam, quien tendría en mente expandir el terror haciendo uso ilegítimo de sus potentes armas químicas y biológicas, amén de su ingente cantidad de parque militar de alta tecnología.

Recordemos las palabras del presidente George W. Bush para justificar la intervención de sus tropas: Saddam tenía la intención y la capacidad para causar grandes daños. Sabemos que es un peligro. Un peligro no solo para los ciudadanos del mundo libre, sino para su propia gente. Con estos argumentos se inicia una guerra de exterminio del maligno. Y si no fuera suficiente, otro inocentón como Bush, José María Aznar, declara el 2 de febrero de 2003 que sus servicios de inteligencia le han proporcionado informes secretos donde se confirma la existencia de armamentos químico y biológico en manos de Hussein. Es decir, menos confiado que Bush, pensando en posibles amaños de la CIA, manda a sus sabuesos: Mortadelo y Filemón.

Por su parte, el otro implicado directamente, el británico socialdemócrata Tony Blair, se deja llevar por su amor a la lucha antiterrorista y traslada al escenario un destacamento de agentes cero siete, cero ocho y cero nueve, a recabar datos para tomar una decisión sin fisuras. Recordemos que Saddam era un peligro no por ser un tirano, cuestión que compartiría con actuales socios, Aznar o Bush, sino por tener armas de destrucción masiva. Tal como señala su ex ministro Cook: Saddam fue un dictador brutal, pero no fue ese el argumento del gobierno para ir a la guerra, sino la urgencia de eliminar sus armas de destrucción masiva.

En política, o mejor dicho, en altas esferas del proceso de toma de decisiones la ingenuidad no existe. Querer exculpar una actuación errónea sobre la base de pruebas amañadas resulta un insulto para la inteligencia y el sentido común. Ya no solo son ingenuos o bobos bien intencionados los tres aludidos, sino el conjunto de sujetos que desde las instituciones cayeron en la trampa. Son ministros, consejeros políticos, militares, periodistas, académicos, artistas o intelectuales los engañados, en tanto abrazaron como fidedignas aquellas pruebas presentadas como irrefutables.

Asimismo, la cadena se extiende y atrapa al ciudadano anónimo que avaló con su silencio los ataques en esta guerra preventiva. Si se piensa solo por un instante en las consecuencias de estos argumentos, estaríamos en presencia de uno de los más grandes escándalos políticos de la era contemporánea. Tres servicios de inteligencia, dos de los más recatados y sofisticados y un tercero, el español, siempre sujeto a la chapuza, se han confabulado para el mal. De ser cierta esta afirmación, ¿qué esperan las máximas autoridades políticas para pedir la dimisión de todos y cada uno de los implicados en el timo? Esta decisión no se ha producido. Por el contrario, lo que se solicita es un tiempo muerto para investigar cómo fue posible semejante ignominia. Para averiguarlo, Bush y Blair montan al unísono el «paripé» de crear comisiones, simplemente de investigación. Sus resultados no serán vinculantes en caso de dar nombres y señalar los hacedores del entuerto. Por el momento, nadie dimite ni se hace responsable. Unos se sienten estafados y otros esconden la cabeza como el avestruz. Aznar, mientras tanto, sigue mintiendo y dice que se dejó llevar por los informes presentados en Naciones Unidas y que en ningún caso solicitó a los servicios de inteligencia datos paralelos. Solo por ello debería dimitir y avergonzarse. Pero para Aznar, al igual que para Blair y Bush, el significado de las voces ética, verdad y vergüenza no figuran en su diccionario político.

Si una mentira política para ser creíble debe superar el corto plazo, desvelarla con prontitud supone el fracaso para imponerla. En este sentido, quienes trabajaron en la creación de un falso escenario de guerra biológica, química y nuclear, en relación al régimen de Iraq, gobiernos y servicios de inteligencia, quedan al descubierto. Son responsables de fabricar una guerra cuyas terribles secuelas se viven en la actualidad y no sabemos por cuánto tiempo más. Pertrechados en una sarta de mentiras, el trío de la muerte desplegó sus fuerzas de combate. Babosos de sangre han hecho uso de la guadaña decapitando iraquíes con el noble fin de salvar a la población

mundial amén de la estadounidense, española y británica de una invasión, ataque, desembarco o de una guerra químico-biológica. No es el momento para reivindicar los valores ético y político de aquellos que se manifestaron en todo el mundo diciendo no a la guerra. Se trata de valorar el grado de cinismo y de irresponsabilidad de quienes la favorecieron, secundaron y hoy se benefician de sus resultados.

En conclusión, no se puede eximir de responsabilidad a los máximos hacedores de la guerra contra Iraq, en el entendido de haber sido engañados en su buena voluntad. Por el contrario, sus conductas son imputables de crímenes de lesa humanidad y por ello deberían dimitir y someterse a la legislación internacional. Cualquier otra estratagema de evadir responsabilidades sigue siendo una mentira más que agregar a la lista de las ya existentes. El problema es que con estas actitudes, el descrédito de la política sigue su marcha ascendente. Liberar la política de gobernantes cuyos comportamientos pueden considerarse actos de prevaricación en detrimento de la libertad, la democracia y la justicia con dignidad es el gran reto para quienes asumen el valor ético del quehacer político. En esta disyuntiva estamos. ▀

<http://www.lajiribilla.cu/noticias/n0025.html>



Jefe de Redacción:
Nirma Acosta
Diseño:
Eduardo Sarmiento
Darien Sánchez
Ilustraciones:
Camaleón

Realización:
Isel Barroso
Webmasters:
René Hernández
Janios Menéndez
Corrección:
Odalys Borrell
Grechel Calzadilla

Consejo de Redacción:
Manuel H. Lagarde
Julio C. Guancho
Rogelio Riverón
Bladimir Zamora
Omar Valiño
Joel del Río
Daniel García
Ernesto Sierra
Jorge Ángel Pérez

Instituto Cubano del Libro, Palacio del Segundo Cabo
O'Reilly #14 esq. Tacón, La Habana Vieja.
☎ 862 8091 ✉ jiribilla@cubarte.cult.cu Precio: \$1.00
www.lajiribilla.cubaweb.cu www.lajiribilla.cu
Impreso en los talleres del Combinado Poligráfico Granma